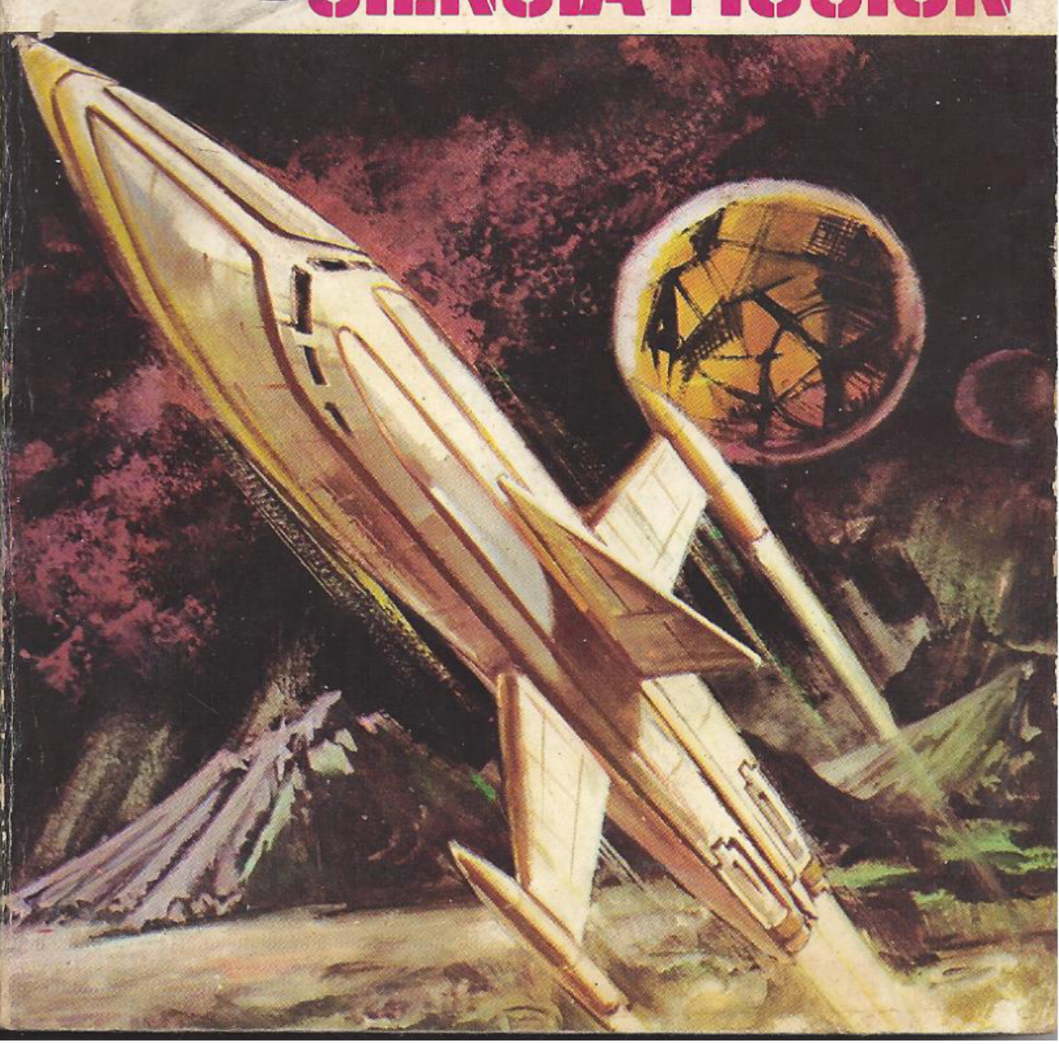
La conquista del ESPACIO

REGRESARON AL FUTURO

A. Thorkent

CIENCIA FICCION




La conquista del
ESPACIO

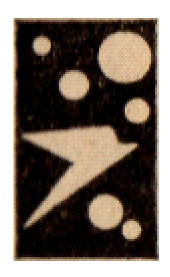
ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

502 – Larga muerte en vida, *Glenn Parrish*.
503 – El poder estelar, *A. Thorkent*.
504 – Misión 1/1000, *Clark Carrados*.
505 – Robo en el planeta salvaje, *Ralph Barby*.
506 – El mayor diamante del universo, *Joseph Berna*.

A. THORKENT

REGRESARON AL FUTURO

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 507
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal: B. 4.946 - 1980

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: abril, 1980

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1980

CAPITULO PRIMERO

Luis Téllez ya se había hecho a la idea que las cosas iban a ser muy diferentes a su regreso.

Lo había discutido largamente con su amigo Alan Hannon después que al comandante, durante una tensa reunión con los demás miembros de la tripulación, expuso los hechos.

Los hombres y mujeres que viajaban en el Dorgues ya se habían imaginado algo parecido, bastante tiempo antes que el comandante Groot la comunicara oficialmente.

Cuando una nave estelar como el *Dorgues* sufre una avería en su CCET (Campo Compensador Espacio-tiempo) de forma irreparable todo es posible. Y su CCET había dejado de funcionar cuando regresaban a la Tierra, aún a más de dos años objetivos.

Groot se extendió en una disertación aburrida sobre la relatividad, quizá tratando de calmar los nervios. Pero cuando el comandante comprobó que los hombres y mujeres empezaban a perder la paciencia, terminó diciendo: —Sencillamente, cuando regresemos a nuestro hogar, en lugar de tres años, en la Tierra habrá transcurrido cien años, Tres meses y dos días. Eso es todo, señores. —Los miró ceñudamente—. En realidad creo que todos ustedes ya habían previsto esta contingencia cuando supieron que la avería era irreparable.

Las estrellas más lejanas se habían alcanzado viajando a velocidad muchas veces más rápidas que la de la luz. Para anular la dilatación del tiempo y evitar que el viajero regresase a su punto de partida dos o tres siglos más tarde, los científicos inventaron el CCET. Nadie sabía exactamente lo que era, si una máquina de tiempo o un dispositivo que anulaba el paso de éste. La teoría más vulgar afirmaba que a medida que la nave, al viajar a velocidad superlumínica se adentraba en el futuro, el dispositivo CCET hacía que ésta, junto con todo lo que hubiera dentro, retrocediese en el tiempo, hacia el pasado.

El CCET había permitido que el hombre llegase a las estrellas, y que nunca perdiese contacto con el propio plano temporal. El temor primitivo a los viajes estelares se había disipado, y la expansión terrestre fue enorme por la Galaxia.

El *Dorgues* era una nave exploradora, que después de hacer escala en varios mundos ya colonizados, se adentró profundamente en el espacio inexplorado. Su viaje había sido uno de los más largos efectuados nunca. El tiempo previsto era de tres años, pero al regreso, mientras navegaban por el hiperespacio, el dispositivo CCET se averió y nadie sabía cómo repararlo.

El comandante tuvo entonces que adoptar una resolución. Si aterrizaba en un planeta para intentar reparar la avería el peligro aumentaría considerablemente. Podía suceder que ni siquiera pudieran despegar. El segundo camino era proseguir el viaje a velocidad superlumínica en dirección a la Tierra, y encornarse al llegar a ella que sus familiares, amigos y todo cuanto habían dejado al partir, no existía ya.

—Sé que es duro, señoras y señores —dijo el comandante antes de dar por terminada la reunión—. Pero no he tenido otra solución. Después de considerar todas las alternativas, he decidido que el viaje prosiga. Espero que estén de acuerdo conmigo. También sé que algunos de ustedes están casados y... lo que les espera es doloroso.

—Mi esposa esperaba un hijo cuando partimos, señor —dijo un navegante con voz sorda.

Afortunadamente, no había muchos casados, y al ser la nave mixta, todos, hombres y mujeres, decidieron que a partir de entonces no les ligaba ningún lazo con la Tierra. Se eligieron nuevas parejas y todos decidieron pasar lo más confortablemente posible el resto del viaje.

El hombre que esperaba hallar al regreso un hijo con dos años o más de edad, se conformaría con saludar a sus nietos o bisnietos. Fue el único que no aceptó una nueva esposa. Se limitó a emborracharse y le dejaron en paz.

Las leyes, aunque el caso de una avería en un CCET nunca se había dado, preveían tal acontecimiento. Unilateralmente y con sólo comunicárselo al comandante de la nave, un tripulante podía quedar divorciado y contraer un nuevo matrimonio. El cónyuge que quedó en la Tierra, después de que pasara un tiempo prudencial sin que la nave regresara, quedaba con el mismo derecho.

Todo parecía estar previsto, pero el abatimiento se cernió en la tripulación.

Téllez no tenía esposa, aunque sí familia. Sus padres vivían y le estaban esperando para marchar a un lejano planeta, en donde habían adquirido una extensa propiedad. Tendrían que marchar sin él, pensó dolorosamente.

Su compañera de camarote, con la que había intimado desde el primer día, se encogió de hombros. Lara dijo que a ella nadie la esperaba. Por el contrario, se encontraba muy entusiasmada con la idea de enfrentarse con un nuevo mundo. Cien años en la Tierra forzosamente tenía que producir muchos cambios.

—Tal vez no encontremos nada —le dijo Luis socarronamente aquella noche en el camarote.

—¿Una guerra? —preguntó ella. Fumaba y lanzaba al aire perfectos anillos de humo.

—O un cataclismo. Qué sé yo. Ni siquiera recuerdo el nombre del planeta al que pensaban emigrar mis padres.

—Oh, vamos. No lo veas todo tan negro. El incidente tiene su parte buena.

Luis la miró sorprendido.

—¿De veras? Pues yo no lo encuentro por ninguna parte.

—Claro que sí. Y no comprendo cómo no ha pensado nadie en ello.

—Si te explicaras...

En aquel momento la puerta del camarote se abrió y entró Hannon. Lara siguió fumando. No hizo el menor gesto para taparse con la sábana. Saludó con una sonrisa al amigo de su compañero.

—Este camarote es demasiado estrecho para tres —gruñó Luis.

Alan Hannon llegaba excitado. Se sentó al borde de la cama.

—Muchacho, la noticia que traigo es importante.

Luis soltó un gruñido.

—Vamos a ser ricos —exclamó Alan.

—¿Cómo de ricos? ¿Te has emborrachado junto con ese marido desconsolable?

—Pedí permiso para hablar en privado con el comandante. No sé, pero tenía una duda. ¿Sabes lo que le pregunté?

—No, diablos. Y te daré una patada como no lo sueltes en seguida.

—Pues sencillamente si nuestros, haberes los percibiremos de acuerdo con el tiempo de esta nave con el calendario terrestre.

Luis saltó de la cama y Lara emitió una risa divertida. Dijo:

—Eso es lo que estaba a punto de decirte, querido. Es la parte buena del asunto.

—Eso no puede ser... —tartamudeó Luis.

—¡Claro que lo es! —gritó Alan—. El comandante se quedó muy pensativo. El muy borrico no había pensado en el salario. Me dijo que no existía precedente alguno, pero que nuestros contratos estaban firmados en la Tierra y con la fecha del día que partimos.

—Así es —añadió Lara—. Por lo tanto, nuestros salarios no serán de tres años, sino la acumulación de cien años. Y no olvidemos el interés compuesto.

Luis silbó agudamente.

—Eso es una fortuna.

Lara hizo un mohín de contrariedad.

—Demasiado grande, querido. Pienso que los picapleitos de la compañía removerán el cielo y la Tierra para evitar pagarnos.

—Conseguiremos abogados —rió Alan—. Los tendremos a montones. Se pelearán por defender nuestro caso.

—Legalmente la cosa parece bien clara —musitó Luis—. Incluso deberíamos pedir una indemnización por la demora sufrida en el

regreso. Los perjuicios serán enormes también.

—A la compañía le será más barato regalarnos todas las acciones.

—Somos cincuenta tripulantes. Me pregunto si tendrán dinero para pagarnos.

Lara movió dubitativamente la cabeza.

—No deberemos ser muy exigentes. Cariño, ¿qué piensas hacer con tanto dinero?

La besó y respondió:

—Casarme contigo, por supuesto.

—Vaya, no sabía que la pasión se trocase en amor —rió Lara. Se sonrojó, aunque no porque la sábana resbalase de su cuerpo.

Hannon se incorporó y tosió discretamente.

—Bien, será mejor que me largue. Tengo que contarlo a los demás compañeros.

Mientras Luis se volvía hacia Lara, replicó:

—Procura que el inconsolable esposo lo sepa cuanto antes, si no queremos que acabe con toda la provisión de licor de a bordo. Y aún nos quedan unos meses de viaje.

Alan se marchó riendo, cerrando la puerta con un sonoro golpe.

Aquella noche Luis y Lara, entre risas discutieron la forma en que iban a gastar el dinero. Luego, exhaustos, se durmieron.

Transcurrieron veintitrés meses en la *Dorgues*.

El comandante Groot podía sentirse relativamente satisfecho. Los incidentes habían sido mínimos. Disponía de una tripulación magnífica. Después de la salida del hiperespacio y navegando a dos tercios de la velocidad de la luz, hacía una semana que habían cruzado la órbita de Plutón. A partir de ahí, los operadores automáticos no cesaban de emitir en amplia frecuencia su mensaje.

Groot se hallaba observando una pila de grabaciones colocadas sobre su mesa cuando el oficial Blase penetró en la cabina. Tosió para llamar su atención.

—¿Han contestado a nuestras llamadas, Blase? —preguntó el comandante sin apartar la mirada de las grabaciones.

—Aún no, señor. El punto óptimo para que nos capten será dentro de dos horas. Aún navegamos a excesiva velocidad —estudió la postura distraída de Groot—. Señor, ¿le ocurre algo?

—No, desde luego. Sólo me estaba haciendo unas preguntas. Me alegro que esté aquí. Tal vez pueda decirme qué podemos hacer con todo esto. —Y señaló las grabaciones.

—No entiendo, señor...

—Usted sabe lo que es esto, oficial. Es el resultado de mucho tiempo de trabajo. Aquí está la respuesta al viaje que emprendimos.

—Entiendo, señor. Usted se pregunta si los datos de nuestro viaje de exploración servirán para algo... ahora.

—Exacto, Blase. Han pasado cien años en la Tierra. Lo más probable es que desde hace varios decenios nos den por perdidos, y por lo tanto, si les ha seguido interesando la sección estelar que nosotros hemos explorado, hayan enviado hace mucho tiempo otras naves, las cuales habrán regresado a la Tierra hace unos setenta u ochenta años. Por lo tanto, estos informes son viejos, no sirven para nada.

—No es nuestra la culpa, señor.

—Por supuesto. Hemos ido más lejos que nadie…; bueno, quiero decir al menos en nuestro tiempo nadie había penetrado tan profundamente en la galaxia. Hemos visitado docenas de mundos y catalogado ocho, exactamente, como idóneos para recibir colonos. Unos planetas ricos, auténticos paraísos. Es posible que en estos momentos estén ya superpoblados y tengan problemas de toda clase, como los que existían en la Tierra cuando partimos.

Groot hizo una indicación a su oficial para que se sentara. De un cajón de la mesa sacó una botella de coñac y dos vasos, que llenó.

—A usted le ocurre como a todos a bordo, señor —dijo lentamente Blase después de beber un sorbo—. Cada vez que nos aproximamos más a la Tierra pensamos más en lo que nos espera. No estaba muy bien nuestro planeta al partir. Los problemas eran muchos.

—El siglo XX nos dejó una desoladora herencia —mascculló el comandante—. Exceso de población, hambre, escasez de materias primas, casi nulas reservas de minerales fósiles, *etc.* Si no había guerra era porque resultaban imposibles. Claro que las había, pero locales y de escasa importancia. La humanidad no había cambiado sustancialmente. Seguía con sus mismos defectos, a pesar de que habíamos alcanzado las estrellas y se estaban enviando colonos a diversos planetas tipo Tierra o terraformados.

—Pero ya entonces eran más de veinte mil millones de seres, comandante. Las naves estelares resultaban insuficientes para trasladar los excesos de población a los planetas colonizables. Y la energía cada vez más escasa. Ni siquiera la utilización masiva de los medios nucleares aliviaba la situación.

—Pero los países privilegiados seguían siéndolo, como siempre. Y en el subcontinente asiático la gente seguía muriendo por millares y las mujeres pariendo sin cesar. ¡Qué locura!

Blase miró fijamente a su superior.

—Como todos, señor, yo también me he hecho muchas preguntas.

—¿Qué respuestas ha encontrado?

—Muchas y diversas, señor. Es posible que todos los problemas se hayan resuelto y la gente viva feliz, los bosques sigan existiendo y los mares no sean una cloaca. Pero También pienso que no encontraremos nada, que una guerra haya destruido hasta el último

ser humano o éste se haya ahogado en propia mierda.

Groot soltó una risa dolorida.

—Los dos extremos. Seguro que todos hemos pensado en los dos extremos.

—¿Qué haremos, si por desgracia, ha sucedido la segunda hipótesis?

—Siempre tenemos a nuestra disposición el *Dorgues.*

—¿Otro mundo?

—¿Por qué no? Seguro que sabríamos de muchos en donde la humanidad siguiera viviendo.

—Un tema trillado en la vieja ciencia ficción.

—Es que nosotros estamos viviéndola, no lo olvide —volvió a mirar las grabaciones—. De buena gana las destruiría.

—¿Por qué no lo hace?

—Es lo único que nos justifica, aunque sea ya inservible para la Tierra. Con los informes, aunque resulten inútiles, podremos exigir una reparación a nuestras desdichas. El dispositivo CCET tenía una garantía. Sus constructores juraron mil veces que no podía fallar.

—Llegamos al tema del dinero, señor.

—¿Todavía sigue hablando la tripulación de los millones que les esperan al regreso?

—Dejaron de hablar de eso hace meses, señor; pero al aproximarnos al final de nuestro viaje vuelven a insistir. Sinceramente, comandante, ¿usted cree que seremos ricos?

Groot miró fijamente al oficial. Meditó unos instantes. Cuando parecía estar a punto de responder, el intercomunicador zumbó estruendosamente en la cabina. Era una llamada desde el puente de mando.

—Aquí el comandante Groot —dijo apretando el interruptor.

—Señor, hemos establecido contacto.

El comandante deglutió trabajosamente. Reprimiendo su nerviosismo, preguntó:

—¿Quiénes son?

—Humanos, por supuesto. Proceden de una base en Plutón, señor. Claro que están sorprendidos, pero no demasiado. Al parecer existen precedentes.

—Así que el dispositivo CEET ha tenido más de un fallo, ¿no?,

—No lo sé con certeza, señor. Pero lo han dado a entender.

—¿Qué instrucciones nos dan?

Y esperaron la respuesta tensamente.

El hombre del puente de mando replicó:

—Que sigamos directamente hacia la Tierra, que ellos enviarán la noticia. Al parecer disponen de medios para comunicarse con ella de forma instantánea.

—Me gustaría hablar con ellos.

Ya les he pedido tal cosa, señor, pero...

—¿Qué han dicho?

—Que tiene mucho trabajo, señor. Parece que hemos entrado en el Sistema Solar por una zona del espacio muy frecuentada desde Plutón se...; digamos que se regula el tráfico estelar. En estos momentos mi compañero que les habla ha estado insistiendo en que usted desea ponerse en comunicación con ellos, pero han cortado después de disculparse cortésmente.

—Gracias —dijo el comandante—. Téngame al corriente de cualquier novedad.

Miró al oficial y dijo:

—Bueno, al menos sabemos que la segunda teoría no ha sucedido. El hombre sigue viviendo en el Sistema Solar.

Blase asintió.

—Ahora la pregunta es: ¿Cómo vive?

CAPITULO II

Si alguien a bordo había esperado una recepción multitudinaria en la Tierra se equivocó totalmente.

Obligaron a la nave *Dorgues* descender en una apartada pista de un gigantesco astropuerto construido en el desierto Sahara, a unos doscientos kilómetros de la costa.

—No existían estas instalaciones cuando partimos —musitó Groot, mirando por las pantallas del puente de mando el paisaje que les rodeaba.

—Se distinguen cientos, tal vez miles de naves enormes, señor —añadió el oficial Blase. Tenía grandes ojeras, producto de dos días sin dormir un solo minuto, tanto tiempo como llevaban enclaustrados en la nave.

No les habían permitido bajar. Varias docenas de vehículos rodearon la nave apenas los motores se apagaron. Hombres embutidos en trajes herméticamente cerrados subieron a bordo con extraños instrumentos. Revisaron hasta el último rincón del navío, siempre en silencio y con el ceño fruncido, que se veía a través de sus cascos de plástico.

Un hombre que se presentó como el doctor Boling; una vez que terminó la concienzuda inspección, pidió al capitán una entrevista privada.

Mientras la tripulación era silenciosa y ofendida espectadora del ir y venir de los hombres que habían subido a bordo, el comandante condujo al doctor Boling a su cabina.

Por un momento pensó ofrecerle una copa del poco coñac que aún conservaba, pero desechó la idea. Por el contrario, se llenó un vaso que vació de un trago. Mirando insolentemente al doctor, le explicó:

—No le he ofrecido porque no querrá contaminarse.

Boling permaneció imperturbable. No parecía ofendido.

—Comprendo su irritación, comandante —dijo suavemente. Muy despacio se quitó el casco de plástico, que colocó sobre sus piernas.

—Lo dudo, señor —contestó el comandante sin molestarse en ocultar su rabia—. Podíamos esperar cualquier clase de recibimiento, excepto éste. ¿Qué esperaban encontrar?

—Ustedes partieron de la Tierra hace ciento cuatro años, y entonces las medidas sanitarias no era muy eficaces.

—¿Saben ya si nos enviarán a un lazareto?

—¿Qué es eso? Oh, disculpe, pero algunas palabras han dejado de tener significado en el lenguaje moderno de la Tierra. Por ejemplo, a mí me cuesta algún esfuerzo comprenderle, comandante. Le ruego

que hable más despacio. Yo intento utilizar modismos modernos.

—Perdone mi ignorancia.

—No sea sarcástico, por favor. Mis hombres han encontrado todo satisfactoriamente, si exceptuamos algunos núcleos ligeramente contaminantes, pero de fácil extinción sanitaria. Pueden dejarlo todo limpio en una hora. Luego procederemos a un examen personal de todos ustedes, pero dudo que éste resulte positivo después de comprobar el nivel medio existente en la nave. ¿Alguna pregunta?

—Miles de preguntas, doctor.

—Me temo no poderle contestar a todas —el doctor rió. Era joven, tal vez menos de treinta años, Al reír parecía más humano—. Ahora aceptaría su coñac, comandante. He estado observando la etiqueta y ya no Se fabrica esa marca. ¿Francés?

—Sí —el comandante llenó una copa, que el doctor paladeó—. ¿Es que ya no existe coñac?

—No tan bueno. Por supuesto, algunas cosas usuales en su tiempo no existen o se han convertido en artículos de lujo, prohibitivos por su elevado precio.

—Sigue existiendo el dinero.

—Eso nunca dejará de existir, me temo.

Groot se restregó las manos. Dijo:

—¿Comprende que estoy ansioso por saber lo que ha pasado?

—Sí, es natural. Yo en su caso, probablemente, no estaría tan tranquilo. Le felicito, comandante.

—Tengo entendido que otras naves han sufrido percances similares al nuestro.

—Sí. Durante todo el pasado siglo han regresado naves exploradoras con similares problemas. Pero desde hace treinta años no llegaba ninguna.

—Tal vez no fueron tan lejos como nosotros. ¿Todas las que regresaron partieron en la misma fecha que nosotros?

—Sí, más o menos. Al parecer se construyeron algunos dispositivos CCET con un defecto. Ya sabe que en aquellos tiempos la técnica estaba avanzada, pero la escasez de medios implicó algunos errores. Actualmente no existe ningún problema con el dispositivo CCET, desde que se adaptó el corrector Dargenton.

—Lo celebro por los actuales navegantes. Nosotros lo hemos pasado mal.

—Lo imagino.

Se hizo un tenso silencio. Bebieron coñac y Groot preguntó: —¿Qué hacen las autoridades ante casos como el nuestro?

Boling consultó su cronómetro.

—Estoy autorizado para dirigir la palabra a sus hombres, comandante. Mis técnicos ya deben haber terminado. La revisión

médica a la tripulación se hará mañana. ¿Puede usted ordenar que se reúnan en algún lugar espacioso?

Groot llamó a Blase y le pidió que transmitiese su deseo a la tripulación que acudiese al salón principal de la nave.

Antes de salir de la cabina, el comandante mostró al doctor las grabaciones.

—¿Qué zona estelar exploraron? —preguntó el doctor, indiferente.

El comandante se lo dijo.

—No estoy muy versado en eso, pero me temo que esa zona ya está siendo colonizada desde hace varios lustros. Groot replicó secamente: —Lo suponía. Vamos, doctor. La tripulación le espera impaciente.

*

No voy a hacerles perder el tiempo con palabras huecas, señoras y señores —dijo Boling a la tripulación—. Su caso no es nuevo en la Tierra, pero actualmente son ustedes los que, debido a un fallo del dispositivo CCET, han demorado más el regreso a su mundo de partida.

»Otras naves retornaron hace casi medio siglo o más y algunas se encontraron con una situación en la Tierra tan extrema que más les hubiera valido no haber regresado nunca.

«Algunas expediciones retornaron al espacio. Eran tiempos cruciales en la Tierra. Pero las cosas comenzaron a arreglarse. Creo que si aquella situación hubiera durado más la vida hubiera desaparecido en este planeta.

—No parece haberles ido muy mal las cosas, señor —dijo un tripulante intentando forzar una sonrisa.

—Actualmente, no. Desde que ustedes partieron la calidad de la vida en la Tierra se degradó hasta límites insostenibles. Afortunadamente la humanidad siempre encuentra soluciones en los momentos difíciles y aquella ocasión fue en forma de un sistema capaz de usar la energía hasta el límite. Resumiendo, se obtuvo el medio de usar el más miserable átomo para lograr una fuerza ilimitada. Al fin, el hombre encontró la fuente inagotable que buscó desde que a finales del siglo XX comprendió que estaba derrochando estúpidamente el petróleo, el gas natural y el carbón.

—¿Energía nuclear? —preguntó Luis Téllez, que cogía fuertemente la mano de Lara.

—Las centrales estaban ocasionando demasiado daño, señor. Ocurrieron muchas catástrofes y los desperdicios teníamos que lanzarlos al espacio. Eran demasiados para seguir encerrándolos en las profundidades de nuestro planeta. Además, el uranio teníamos que

importarlo de otros mundos, en donde tampoco era abundante.

Groot tosió discretamente, atrayendo la atención de Boling.

—En definitiva quiere decirnos que la humanidad se salvó por los pelos de sucumbir, ¿no?

—Eso es, señores. V a continuación me preguntarán por el exceso de población y el hambre existente en dos tercios del planeta. —Un murmullo de asentimiento siguió a las palabras del doctor, quien agregó—: Desde antes del descubrimiento de la nueva fuente de energía se logró controlar el crecimiento desmesurado de la población. —Hizo un gesto como si le desagradase lo que iba a decir a continuación—: Por entonces existía un gobierno que se mantuvo en el poder de forma un poco dictatorial, pero que entonces fue imprescindible. Sólo lo soportamos algún tiempo, hasta que las cosas comenzaron a marchar mejor.

—¿Qué pasó? —preguntó el oficial Blase—. ¿Es que regresaron los nazis y aniquilaron media humanidad?

—No hasta ese extremo. Unos poderosos anticonceptivos añadidos a los alimentos impidieron que durante unos años nacieran demasiados bebés. La población no lo supo hasta que transcurridos quince años, cuando comenzaron a sospechar algo y la actitud del gobierno planetario les cansó, se alzaron y restauraron la democracia. Empero, yo estoy convencido que aquel gobierno actuó correctamente entonces. Hoy en día viven en la Tierra apenas diez mil millones de seres. Hay sitio para todo el mundo y comida en abundancia.

—Un momento, doctor —le interrumpió el comandante—. Es imposible que en tan corto espacio de tiempo, impidiendo los nacimientos, se consiguiera una reducción de la población tan grande con sólo las defunciones naturales.

Boling movió la cabeza, conteniendo una sonrisa divertida.

—No, comandante. No piense nada truculento. Nada sucedió para conseguir una población correcta en la Tierra que pueda a usted avergonzarle de sus antepasados —sonrió otra vez—. Bueno, en realidad fueron sus descendientes. A veces me hago un lío.

Muchos tripulantes rieron y la tensión fue relajándose.

—Sencillamente —siguió diciendo Boling—, liberados del problema energético, se construyeron naves suficientes para enviar a los mundos ya explorados a todos los que lo deseasen. Al principio sobraban voluntarios, pero a medida que los que quedaban en la Tierra vivían mejor, éstos escasearon.

»Hoy en día son pocos los que desean trasladarse a otros mundos. Dicen que viven bien aquí.

—Nosotros descubrimos algunos planetas ideales, señor —apuntó una navegante.

—Por cierto que ya están colonizados. Pero la colonización

comenzó desde mucho antes que ustedes partieran, como bien saben. Unicamente, a partir de la estabilización en la Tierra, la emigración fue masiva. Conseguimos trasladar en poco menos de treinta años a más de ocho mil millones de seres a otros mundos. Tal vez la cifra les parezca increíble, pero todo fue a cada momento más aceleradamente. Las naves eran cada vez más grandes y podían volver a la Tierra cargadas de minerales, con los que se construían a su vez transportes aún mayores.

—Nos ha explicado perfectamente cómo consiguieron salir de la crisis, señor —dijo Alan Hannon—. Y la verdad es que nos alegramos. Sus informes nos han quitado un poco el mal sabor de boca que nos ha producido el escaso entusiasmo que nuestra llegada ha despertado.

—¿Es que esperaban miles de personas llenando el astropuerto y bandas de música ensordeciendo el clamor masivo de sus nombres?

Alan se sonrojó. Muchos rieron, pero él, mordiéndose los labios, dijo:

—Claro que sí, ¿Por qué no? ¿Es que no se ha dado la noticia de nuestra llegada?

—Debidamente, pero lamento decirles que nadie se ha sentido interesado. Sencillamente porque ya no quedan parientes de ustedes en la Tierra. Sus nombres nada dice a la población actual.

Lara se levantó y avanzó unos pasos hasta colocarse delante de la mesa que presidían Boling y el comandante.

—¿Qué pasará ahora con nosotros?

—Su reincorporación a la sociedad es cosa del Gobierno. No se preocupen. Legalmente están jubilados y son beneficiarios de una pensión. Pero si desean trabajar se les pagará ¡os estudios que prefieran. Comprenderán que la técnica que poseen ha quedado desfasada y han de ponerse al día si quieren acceder a un puesto laboral.

—Doctor Boling, no se salga por la tangente y díganos qué pasa con nuestros haberes —gritó Lara para hacerse oír en medio del clamor de protesta de sus compañeros.

—No entiendo… —protestó Boling.

—Se lo repetiré. La compañía de exploración que nos envió a las estrellas nos debe más de cien años de salario. Y recurriremos contra la firma que construyó deficientemente el CCET del *Dorgues.*

Boling se levantó, demandó calma y dijo pausadamente:

—Amigos, y sólo soy doctor en sanidad y un poco encargado de relaciones públicas. Los tecnicismos laborales deberán discutirlos con el enviado del Gobierno.

—Pues queremos verle en seguida —dijo Lara.

—Supongo que podrán hacerlo hoy o tal vez mañana. Pero deberán nombrar una comisión.

Hizo ademán de salir de la sala y Lara le retuvo gritándole:

—¿Es que tenemos que seguir encerrados en esta nave? Sus planchas de metal las odiamos profundamente.

—Lamento mi olvido —Boling se volvió sonriente—. Se les Han destinado unos apartamentos. Preparen sus cosas. Unos vehículos les llevarán a la costa. Podrán bañarse en unas playas limpias y disfrutar de un merecido descanso.

*

Lara, Luis y Alan fueron elegidos para la entrevista con el comisionado. El comandante Groot pidió asistir a ella y nadie se opuso.

Ben-Gora era un hombre alto y delgado, muy moreno, de ascendencia árabe. Entró en la terraza y saludó correctamente. Sonreía a menudo y bebió el refresco pausadamente. Rechazó el cigarro que le ofrecía Groot y dijo: —El Gobierno terrestre ha estudiado profundamente su caso, señores. Estamos dispuestos a ayudarles en todo cuanto sea posible. —Sacó de una carpeta unos documentos que pareció repasar rápidamente—. Tengo aquí una relación de sus peticiones. Antes de discutirlas creo conveniente ponerles al corriente de algunas particularidades. Ah, disculpen si mi lenguaje es algo extraño para ustedes.

—No, nada de eso; le comprendemos perfectamente —dijo Lara.

—Gracias. En primer lugar tenemos el asunto de sus haberes. Desgraciadamente, la compañía que fletó el *Dorgues* ya no existe. Según mis datos quebró en la depresión del 2045, diez años después que ustedes partieran. Es posible que al no regresar precipitara su desaparición.

—Eh, no pretenderá echarnos a nosotros la culpa de la quiebra —protestó Lara.

—Es sólo una aportación en los datos, señorita.

—Señora Téllez, por favor —dijo Lara orgullosamente cogiendo la mano de Luis—. Nos casamos ayer, cuando Luis recibió el certificado de defunción de su esposa. Provisionalmente, el comandante Groot reguló nuestra situación durante el regreso.

—Les felicito —Ben-Gora amplió aún más su sonrisa- . Pasemos a su posible reclamación a la sociedad que montó el dispositivo CCET en el *Dorgues*...

—Tampoco existe —dijo Hannon en medio de un gruñido.

—Así es. La patente del CCET fue adquirida por una corporación, que lo perfeccionó con el corrector Dargenton. Dudo que prosperase una demanda contra los actuales propietarios.

—Lo consultaremos con los abogados —afirmó Lara.

—Están en su derecho; pero puedo anticiparles que el Gobierno ya lo ha hecho y las leyes son claras. No tienen nada que hacer.

—¿Quiere decirnos que nos quedaremos sin cobrar nuestros salarios y sin indemnización por la avería sufrida en nuestro CEET? —preguntó Luis con irritación.

—Es lo más seguro, señores. Pero...

—Esto es una canallada.

—Déjeme terminar. El Gobierno les otorga una pensión que les permitirá vivir. Si lo desean no tienen que trabajar nunca más. Pero si piensan lo contrario, hasta que se adapten a la nueva Tierra, tendrán vivienda y una paga mensual.

—Yo deseo volver al espacio, señor Ben-Gora —dijo el comandante.

Por primera vez, el comisionado pareció ponerse nervioso.

—Podrá hacerlo como navegante o como turista, pero nunca más comandando una nave estelar.

—¿Por qué?

—Legalmente tiene más de ciento cuarenta años de edad. Es demasiado viejo para confiarle una nave.

— ¡Qué tontería! Sólo tengo treinta y ocho años.

—Es cierto, pero las leyes no lo interpretarán así. Además, en caso que se le permita acceder a mandar una nave antes tendría que regresar a la Academia y aprender las nuevas técnicas.

—Eso es justo; pero yo quiero que usted arregle mi problema.

Ben-Gora hizo unas anotaciones.

—Lo intentaré. Estoy dispuesto a ocuparme de cada caso particular de todos ustedes.

Los miembros de la comisión de tripulantes le miraron con hostilidad. Ben-Gora insistió con su sonrisa.

—Deben creerme, señores, que estoy dispuesto a dedicarles todo mi esfuerzo. Por el momento pueden permanecer en estas residencias el tiempo que deseen, sin límite alguno.

—El lugar es delicioso, pero pronto nos resultará insoportable.

—Pueden recorrer el mundo, visitar todos los lugares que deseen y estudiar la nueva forma de vida en la Tierra. O tal vez ir a otros mundos. Deberán informarse de cómo son las colonias.

—¿Todas dependen de la Tierra?

—Administrativamente no —Ben-Gora se puso súbitamente serio—. Durante los años turbios de la dictadura se colonizaron mundos que no están supeditados a las leyes terrestres. Pero confiamos en arreglarlo pronto. Todo legalmente, claro, sin uso de la fuerza.

—Parece que las cosas no están tan bien arregladas como pensamos al principio —apostilló Luis.

—No se preocupen de eso. Confío que sepan hacer llegar a sus

compañeros la postura del Gobierno, señores. —Ben-Gora se levantó, dando por terminada la entrevista—. No quiero marcharme sin decirles que algunos reporteros han insistido en verles, pero les mantenemos alejados.

—Parece que despertamos curiosidad —masculló Hannon—. Gracias, señor Ben-Gora, pero no queremos que nos molesten. Al principio nos habría gustado cierta popularidad, pero no ahora.

—También tengo una lista de personas que desean verles. Nada de entrevistas. —El comisionado tendió un papel a Lara—. Son personas normales, que al tener noticias de su llegada piensan que puedan ser descendientes suyos, aunque muy lejanos.

Lara tomó la lista. Cuando Ben-Gora se hubo marchado, dijo agriamente: —Si alguna de las personas aquí relacionadas es pariente de alguno de nosotros no creo que les mueva el amor familiar, sino el morbo de ver vivo a un antepasado suyo.

Luis leyó la lista por encima del hombro de Lara:

—Sólo son ocho, y ninguno emparentado con ninguno de nosotros cuatro. De todas formas se la entregaremos a los compañeros; que decidan ellos.

—Un momento —le interrumpió Lara—. Aquí está el nombre de una mujer que solicita entrevistarse con Luis Téllez. Se llama Marta Labet.

—Será una periodista —dijo Luis despectivamente.

—No. Afirma ser abogado.

—¿Abogado?

—Especializada en testamentarías —añadió Lara entregándole la lista.

Después de unos segundos, Luis dijo:

—Supongo que debemos recibirla, cariño

CAPITULO III

—Sólo hemos quedado nosotros cuatro —dijo el comandante, apesadumbrado.

En menos de tres días toda la tripulación se dispersó. Al principio les cayó como un jarro de agua fría la noticia de que no iban a convertirse en multimillonarios; pero fueron reaccionando y con más o menos agrado se fueron acogiendo a la tutela del Gobierno.

Estaban en el apartamento de los Téllez. El matrimonio había llamado a Alan Hannon y el comandante acudió como todas las tardes a tomar el té. Lara se lo estaba sirviendo en la terraza.

Groot miraba la playa. Parecía más triste que nunca y aquella tarde, nublada y algo fresca parecía pesar sobre él más aún.

—Luis y Alan llegarán en seguida, comandante —explicó Lara sentándose frente a Groot—. ¿Puedo hacerle una pregunta, señor? —Sin esperar el permiso del invitado, inquirió—: ¿Por qué usted no se ha marchado como todos los demás?

Groot movió maquinalmente el té con la cucharilla de plata.

—No lo sé exactamente. Todos han decidido el recorrer el mundo primero y luego otros mundos. Pero yo me resisto a alejarme de lo único que me sigue uniendo a mi tiempo. El saber que el *Dorgues* sigue en el astropuerto, a doscientos kilómetros de aquí, me reconforta. ¿Dónde están Luis y Alan?

—Se acercaron a la estación continental. Marta Labet nos anunció que llegaría hoy mismo.

—¿Saben ya de qué se trata?

—No. Pero cuando le dijimos al señor Ben-Gora que estábamos dispuestos a recibirla no pareció agradarle mucho la noticia. Incluso se atrevió a insinuar algo referente a una broma de mal gusto.

—¿Una broma? No entiendo...

—O un timo, qué sé yo. Ben-Gora explicó que. a causa de las leyes reformadas el derecho a la sucesión en la Tierra se extinguió totalmente a partir de la tercera generación.

—Entonces es posible que Luis reciba una herencia. ¿Por qué la reciben entonces?

—Tal vez por curiosidad. —Lara rió divertida—. O porque queríamos Contrariar al señor Ben-Gora.

—Entonces me marcharé en seguida —dijo Groot apurando su taza.

—De ninguna manera, comandante. Deseo que se quede.

—Si insiste... —soltó una risa apurada—. En realidad, lo confieso, estoy muerto de curiosidad.

—No tardarán en llegar. ¿Otra taza, comandante?

*

La estación continental estaba a medio camino entre la costa y el astropuerto. Luis ya estaba familiarizado con los deslizadores y en menos de media hora salvó los cincuenta kilómetros existentes desde su residencia a la estación. Volaron sobre verdes praderas donde poco más de un siglo antes sólo existía arena.

Después de aparcar el deslizador se dirigieron al vestíbulo de espera. Preguntaron por la llegada de la plataforma precedente de Siberia. El robot-computador les respondió que en aquel momento estaba tomando tierra en la pista seis.

—Los pasajeros entrarán por la puerta 17, señores —añadió el robot antes de deslizarse a lo largo del mostrador para atender a otro cliente.

—¿Cómo la conoceremos? —preguntó Hannon mientras se dirigían a la distante puerta 17 a través de las cintas rodantes.

Por respuesta, Luis mostró el clavel prendido en la solapa. Hasta entonces Alan había pensado que se trataba aquel adorno de una excentricidad.

—Un sistema de identificación que ya resultaba arcaico en nuestro tiempo —rezongó Alan.

Había poca gente en los pasillos, y casi todas ellas marchaban en dirección contraria. Al fondo se alineaban las puertas. A la derecha vieron lucir la número 17, de la que estaban saliendo los últimos pasajeros. Alan comentó que se habían retrasado demasiado y Luis comenzó a preocuparse, calculando la posibilidad que Marta Labet hubiera pasado junto a ellos entre los demás pasajeros que viajaban en la cinta rodante de marcha contraria.

Aligeraron el paso, exasperados por la lenta velocidad de la cinta por la que circulaban. Cuando se aproximaron a la salida 17 no vieron cerca de allí a nadie. Bajaron de la cinta y miraron en su alrededor confundidos.

—Preguntaré a alguien —dijo Luis dirigiéndose hacia un guardia armado que se alejaba de ellos por un corredor adyacente—. Tal vez los pasajeros del vuelo de Siberia aún no han desembarcado.

Alan se encogió de hombros y encendió uno de aquellos cigarrillos sintéticos. Aunque el sabor era similar a los de su tiempo, echaba de menos la nicotina.

Distraídamente observó cómo la pareja más rezagada tic los pasajeros que habían surgido por la puerta 17 era abordada por otro hombre. Estaban unos veinte metros de él y no podía escuchar Io que hablaban, pero por los gestos de la mujer parecían haber iniciado una

acalorada discusión. Miró hacia donde había corrido Luis. No le vio. Seguramente había desaparecido por el pasillo por el cual se alejaba el guardia.

El acompañante de la mujer la llevaba cogida fuertemente del brazo, pero no parecía muy sorprendido por la aparición de! hombre, cuya presencia no parecía agradar a ella.

Entonces la mujer hizo intentos de zafarse del hombre que parecía ser su acompañante, quien comenzó a empujarla para que caminase. El otro se colocó a su vera agarrándola también.

Alan avanzó unos pasos, intrigado. La mujer se volvió y le dirigió una mirada angustiada. Cuando abrió la boca para gritar, el segundo hombre se la tapó con la mano.

Ya no lo dudó Hannon. Corrió velozmente hacia el grupo. Uno de los hombres le escuchó llegar y se apartó para hacerle frente, al tiempo que metía la mano en un bolsillo.

Alan se arrojó sobre él cuando aún los separaban dos metros, asiéndole por la cintura. Rodaron por el suelo y el arma que el hombre logró sacar resbaló por el brillante pavimento.

La mujer comenzó a forcejear contra el individuo que intentaba controlarla. Desde el suelo, rabioso, Alan observó cómo la golpeaba. Aquella distracción permitió que su contrincante bajara su guardia y le golpeara dos veces en la cara, haciéndole retroceder.

Pero Alan logró alcanzarle antes que tocase la pistola caída. Le golpeó repetidas veces. Luego lo lanzó contra el otro hombre que acudía en ayuda de su compañero.

Intentó llegar hasta la mujer, pero fue agarrado y de nuevo le llovieron los golpes. Exasperado, Alan lanzó un puntapié al más próximo en la entrepierna, lanzándole lejos y aullando de dolor.

— ¡Cuidado!

Fue la mujer quien gritó. El segundo hombre tenía otra pistola en la mano y la dirigía hacia Alan.

Rodó por el suelo al tiempo que escuchaba un estampido. Algo muy caliente estalló cerca de Alan. Sus manos tocaron el suelo para levantarse y lo halló ardiendo. Más allá descubrió un profundo boquete, tal vez el mismo sitio que él había ocupado un par de segundos antes.

Escuchó pasos y una voz estentórea gritar:

— ¡Quietos todos! Arroje esa pistola.

Vio llegar al guardia que Luis fue a buscar para pedirle información. Su amigo corría detrás de él.

El hombre armado volvió a disparar y una nube de fuego estalló delante del guardia, que retrocedió. Luego ayudó a su compañero a levantarse y corrieron por la cinta deslizante. Luis llegó a su lado, con los ojos desorbitados por la sorpresa.

El guardia estaba rodeando el ardiente lugar, apartando el humo con la mano y tosiendo. Los dos hombres ya estaban lejos y antes que pudiera dispararles se habían arrojado por un tobogán lateral por el cual algunos empleados echaban maletas.

—No se muevan de aquí —les gritó el guardia corriendo hacia el tobogán. Debió activar algún dispositivo que llevase encima, pues una sirena de alarma se escuchó en toda la estación.

—¿Qué demonios ha pasado? —preguntó Luis a su amigo.

Alan intentó sonreír. Tenía moretones en la cara y su traje estaba sucio y arrugado. La mujer fue a su encuentro. Le dirigió una sonrisa débil.

—Gracias por ayudarme. —En seguida se fijó en la flor que llevaba Luis y añadió—: Soy Marta Labet. Supongo que usted sí será el señor Téllez.

—Claro que sí —asintió Luis—. ¿Por qué la molestaban?

—Uno de esos hombres me estaba esperando y dijo ser Luis Téllez, pero empecé a sospechar en seguida. Cuando comprendió que no podía engañarme debió hacer una señal a su compañero para que le ayudase a sacarme de la estación.

—¿Cómo sospechó que no era yo? —preguntó Luis.

Marta soltó una risa divertida. Estaba más tranquila y la palidez de su rostro desaparecía rápidamente.

—No se dan cuenta, pero ustedes hablan de forma diferente. Y además el otro no llevaba la flor. Pronto me percaté de que no era un hombre del siglo XXI.

—Creí que éste era un mundo sin violencias —dijo Alan. Miraba fijamente a Marta. La encontraba atractiva. Era joven y muy bonita. Vestía según la moda del hemisferio norte y sus ropas, a pesar de llegar a Siberia, eran livianas y sugestivas.

—Desgraciadamente no es así.

—Aún no nos ha dicho por qué la atacaron.

Ella se puso seria,

—Regresa el guardia. Nos molestarán mucho si nos extendemos en explicaciones. Me limitaré a decir que querían robarme.

Detrás del guardia llegaban varios más, que se mantuvieron a distancia.

—Creo que han conseguido escapar, señora —miró a Alan—. Usted Io hubiera pasado mal si no regreso aquí para indicar a su amigo dónde podían ir para recabar información. ¿Pueden explicarme qué pretendían esos hombres? También necesito sus nombres y residencia actual.

Luis y Alan se miraron entre sí. Sonriendo, Marta comenzó a explicar al guardia que lo sucedido no tenía la menor importancia. Dio unos nombres y le sugirió que hablase con su jefe más inmediato.

El guardia se alejó con el ceño arrugado y la mujer dijo:

—Ha sido fácil. Ahora debemos marcharnos de aquí cuanto antes.

—¿Qué le dijo?

—Se lo explicaré más tarde.

*

Después de explicar a su esposa el motivo de que se demorasen tanto en regresar, Luis rogó a Marta Labet que podía comenzar con los detalles de su visita.

Alan insistió en que antes debían tomar unos tragos. En la sala del apartamento, con sendos vasos de whisky en las manos, los tres hombres y la mujer del siglo XXI esperaban impacientes de Marta las explicaciones.

—Este es un mundo escéptico, poco preocupado por los acontecimientos. Su llegada no ha despertado el menor interés, pero el Gobierno se ha preocupado de ser tremendamente parco en dar la noticia. Fue un golpe de suerte que yo consiguiera hacerme con una lista con los nombres de la tripulación. Cuando me enteré del retorno de una nave del siglo pasado, y ante la ausencia de más datos, corrí a una completa hemeroteca en Moscú. Entre las amarillentas páginas de los periódicos de la época encontré lo que el Gobierno ocultó: los nombres de todos ustedes. Había tenido un presentimiento y no me equivoqué.

—Un momento —dijo Alan alzando la mano—Hemos visto los informativos de la televisión y es cierto que han omitido nuestros nombres, pero en cambio unas personas se han interesado por nosotros pensando que somos parientes suyos y solicitando vernos.

Marta se encogió de hombros.

—Son gente aburrida que busca distraerse. En seguida que supieron que había arribado una vieja nave decidieron llegar hasta ustedes y decir que eran parientes. Eso les hubiera valido cierta notoriedad entre sus también aburridas amistades. Yo sabía que eso sucedería y pedí que incluyeran mi nombre, confiando que el eficiente Ben-Gora no se daría cuenta y les daría, por puro formulismo, la lista. Era la única forma de averiguar dónde se hallaban ustedes.

—¿Es que no han dicho dónde estamos?

—No —rió Marta—. Han sido inteligentes llevándoles tan cerca del astropuerto donde aterrizaron. Y seguramente se están molestando en dispersares.

—Así es, señora —dijo el comandante Groot—. Sólo quedamos en estas residencias nosotros cuatro. ¿Qué está sucediendo?

—Como es lógico, Ben-Gora fue el primero que advirtió, al estudiar los nombres de la tripulación, que entre ustedes había

alguien que podía traerles complicaciones —miró a Luis—. Concretamente, usted.

—¿Por qué mi marido? —preguntó Lara.

—Porque él es el heredero legítimo de un mundo.

—Usted bromea —exclamó Luis cuando logró salir de su sorpresa.

Lara estudió a Marta, como si tuviera ante ella un raro ejemplar que pudiera contaminarles.

—Ben-Gora nos advirtió que su visita podía encerrar una broma absurda o un intento de engañarnos.

—¿Para sacarles algún dinero? —Marta rió de buena gana—. No es nada de eso. Yo no necesito su poco dinero. Tengo el suficiente. ¿Es que no me creen? Luis Téllez es el legítimo heredero de un planeta llamado Widael.

—¿Es que no es cierto que las leyes anulan las herencias a la tercera generación? —preguntó Alan en tono triunfante.

—Aquí en la Tierra, sí. Pero ustedes ignoran que Téllez se apoyará en la legislación de la Zona Libre.

—¿Qué zona es ésa?

—La que no está supeditada a la dominación terrestre. Por lo tanto nadie podrá impedirle que se haga cargo de lo que legalmente es suyo, señor Téllez.

Luis parpadeó varias veces. Miró a su esposa y bebió un trago muy largo. Su respiración estaba alterada.

—Esta es una noticia que precisa una lenta asimilación —dijo al cabo de un rato entrecortadamente.

Marta sonrió de forma encantadora, comprensiva.

—Entiendo su estado de ánimo, señor Téllez.

—Perdone que siga sin creerlo. ¿Sabe que durante el viaje de regreso todos nos hicimos unas ilusiones respecto a la cantidad de sueldo acumulado que íbamos a cobrar?

—Me lo imagino.

—Pues todo se derrumbó cuando Ben-Gora nos dijo que no había nada de eso. Sólo contábamos con una pensión, que parecían dárnosla por piedad.

Groot intervino:

—No volvamos a soñar, Téllez. Bueno, quiero decir que no sueñes tú. La herencia es tuya, pero debes mantener la cabeza sobre los hombros. Aunque este mundo no parece haber cambiado demasiado en cien años, existen miles de cosas que no comprendemos. Son sutiles, pero que pueden conducirnos a una trampa.

Marta se volvió para mirar al comandante.

—No pretendo engañarles, señores. El poco dinero de sus pensiones no me interesa. Tampoco pienso cobrar nada por mi trabajo.

—¿Qué ganará entonces, señorita Labet? —preguntó acremente Groot.

Ella se mordió los labios.

—Tengo que ser sincera con ustedes. —Miró a Téllez—. ¿Puede usted confiar en sus amigos?

— ¡Claro que sí! Eso ofende, ¿no?

—Estupendo. Sí, señor Téllez, usted es inmensamente rico, tal vez el hombre más rico de la galaxia. Pero para conseguir esa fortuna tendrá que luchar. Y la lucha no será fácil. Widael es uno de los escasos planetas que fue propiedad de un hombre y una mujer, de sus padres concretamente. Eso ya no puede ocurrir porque las leyes, incluso en la Zona Libre, fueron modificadas por las presiones de la Tierra ante el Consejo Galáctico. Pero los derechos adquiridos no pueden anularse. Hoy ya nadie puede descubrir un mundo y declararlo suyo y para sus descendientes. Pero Widael sigue, como excepción, disfrutando de tal privilegio porque el Consejo, quizá porque pensó que nunca se presentarían los descendientes de sus propietarios, hipócritamente pretendió darse un barniz de legalidad.

Luis frunció el ceño.

—Cuando partí sabía que mis padres lo habían vendido todo para marchar como colonos a no sé qué planeta —musitó.

—No lo sé exactamente —dijo Marta—. Pero sé que llegaron a Cástor IV, en los Gemelos. Allí emplearon su pequeña fortuna en la adquisición de una nave vieja. Su padre, Téllez, tenía pocos conocimientos de navegación, por lo que se perdió en el hiperespacio. Surgió próximo a la estrella Shaula, a trescientos millones de años luz. Sólo había un planeta, que él bautizó con el nombre de Widael.

—Widael se llamó mi hermano pequeño. Murió al poco de nacer.

—También lo sé —siguió Marta—. Esa región era libre y entonces podían registrarse planetas enteros como propiedad de quien los descubriese. Esa ley duró apenas tres años, pero su padre, Téllez, descubrió Widael tres meses antes que fuese derogada.

Después de deglutir, Luis preguntó a Marta:

—Así debo tener más familia. ¿Dónde viven? ¿En Widael? Si mis sobrinos se consideran los auténticos dueños de Widael no es mi propósito arrebatarles lo que han considerado suyo. No quiero meterme en pleitos. Un mundo es demasiado grande para una familia y...

—No haga conjeturas —le interrumpió Marta—. Sus padres murieron sin más herederos después de veinte años de descubrir su planeta. Se gastaron una fortuna en intentar dar con su paradero. En su testamento le nombraron único heredero.

Luis movió la cabeza.

—Vaya. Me habría gustado tener familia —levantó la mirada—.

Pero por sus palabras deduzco que existen problemas, que alguien pretende que yo no me haga cargo de mi herencia. ¿Me equivoco?

—No. Y no se trata de posibles aspirantes a la herencia. Sus contrincantes son más peligrosos que parientes lejanos colaterales, señor Téllez. Es el propio Gobierno de la Tierra quien no desea que usted se haga cargo de su propiedad —terminó con énfasis—: De su planeta.

CAPITULO IV

A Ben-Gora le molestaba enormemente dialogar con alguien a través del videófono que no quisiera enviar su imagen. Por el contrario, Ben-Gora sabía que su interlocutor podía observarle. Era condición innegociable de TD para las entrevistas.

Unicamente conocía a aquel personaje por las iniciales TD y por la voz, pero presumía que ésta le llegaba distorsionada, por lo cual nunca, a pesar de tener las grabaciones de cada conversación, se había molestado en hacer indagaciones para identificarla.

Mirando al cubo que permanecía opaco, Ben-Gora dijo:

—No pude evitar que Marta Labet llegase hasta Luis Téllez, señor TD; pero me gustaría saber quién dispuso el incidente en la estación.

La voz que surgió del cubo era grave, displicente.

—¿Para qué, Ben-Gora? Eso ya no tiene importancia. Si mi plan no salió mejor fue porque no pude disponer de hombres más inteligentes que esos dos estúpidos. Cuando recibí su informe disponía ya de poco tiempo. ¿Por qué no me avisó antes que Marta llegaba desde Siberia? Y lo que es peor, ¿por qué le entregó la lista a Téllez?

—No fue exactamente a Téllez, señor. Era una lista de personas destinada a toda la tripulación. La señorita Labet fue muy astuta usando un medio tan sencillo para darse a conocer. Ya quedaban demasiados pocos tripulantes en la residencia. Yo sólo pretendí que esos pocos tripulantes se decidiesen a marcharse. Dispersados todos por la Tierra u otros mundos nadie habría podido encontrarlos. Pero no olvide, señor TD, que tengo superiores que me vigilan. Como comisionado del Gobierno no puedo actuar con toda libertad.

—¿Hubiera despertado sospechas la entrega de esa dichosa lista?

—Posiblemente, sí. El doctor Boling esperaba el acuse de recibo en París, adonde había marchado apenas atendió sanitariamente a los tripulantes. Allí está completando el informe para el Gobierno.

—Es usted un estúpido, Ben-Gora. Le dije que debía tenerme al corriente de todo lo que hicieran los tripulantes del *Dorgues.*

Ben-Gora reprimió un gesto malhumorado. Sabía que le observaba.

—Tal vez sí usted hubiera tenido más confianza conmigo y me hubiese dicho a quién debía vigilar expresamente... Pero hasta ahora, no he sabido que nuestro hombre es Luis Téllez.

Después de unos segundos de silencio, la voz de TD volvió a salir del cubo. Parecía más calmado.

—Usted sigue de comisionado. Esto, de momento, es lo importante.

—Al menos seguiré hasta que los cuatro hombres del pasado decidan marcharse de la costa sahariana.

—Eso ya no sucederá. Y hasta es posible que el comandante Groot y Alan Hannon decidan ayudar al matrimonio Téllez, posiblemente atraídos por la perspectiva de recibir una compensación ante tan enorme herencia. Pero sus motivos es lo de menos. ¿Cuál puede ser el siguiente paso de Marta Labet?

—Llevarlos a Widael, obviamente.

—Eso debe impedirlo usted.

—Ben-Gora sonrió con sorna.

—¿Con iguales métodos que emplearon esos dos hombres en la estación?

—Esos hombres no nos causarán problemas. La policía no podrá ya atraparlos.

El comisionado sudó copiosamente. No se atrevió a preguntar a TD si su confianza se basaba en que habían escapado o que él había ordenado a otros de sus hombres quitar de en medio a un par de fracasados.

—Quiero que use métodos legales, señor Ben-Gora —añadió la voz —. Usted es un hombre que conoce las leyes. Si se lo propone, ese grupo nunca podrá salir de la Tierra.

—Se supone que Marta Labet posee una fortuna, suficiente para adquirir pasajes para todos adonde le plazca.

—Sí, es cierto. Pero de eso puedo ocuparme. Tengo amigos y ella recibirá una desagradable sorpresa. Una súbita inspección de! fisco inmovilizará su pasivo bancario durante un tiempo. ¿Cree que será suficiente con eso para que añadiendo su colaboración les retenga en la Tierra el plazo que preciso?

—¿Cuál es ese plazo?

—Por el momento me reservo ese dato, Ben-Gora. Quiero que trabaje libremente. Limítese a entorpecerles en todo cuanto pueda. Me pondré en comunicación con usted cuando sea preciso.

El tono opaco del cubo adquirió un color gris, indicativo de que la comunicación había sido interrumpida.

Ben-Gora se limpió el sudor de la frente. Alguien con un cargo, muy importante en el Gobierno le había insinuado que debía ponerse a las órdenes del misterioso señor TD. Ni siquiera podía repetir en público el nombre de aquel personaje gubernamental. Sólo le había repetido que el asunto no era conocido por todo el gabinete terrestre, y por supuesto el Consejo Galáctico debía permanecer absolutamente al margen.

Por último, el miembro del Gobierno, actualmente retirado de la vida política, le había añadido que en caso que se viese involucrado en algún hecho conflictivo con las autoridades él negaría toda

participación, incluso que conociese de oídas al señor TD.

Ben-Gora presentía que aquel hombre estaba coaccionado por el señor TD, que de mala gana le obedecía.

Se levantó y entró en el cuarto de baño. Después de desnudarse se metió en la ducha, permaneciendo en ella, bajo el chorro de agua fría, serenándose. Durante la primera entrevista con TD éste le había prometido una buena suma si le servía bien. Ahora, de buena gana Ben-Gora hubiera mandado al infierno aquel prometido dinero.

Pero ya era demasiado tarde. Había sido advertido que quien comenzaba a trabajar para el señor TD sólo podía salirse del juego con su consentimiento. Y esto raramente ocurría mientras no se hubiese terminado el trabajo.

*

Groot no estaba presente cuando Marta llegó a casa de sus amigos. Se hallaba nerviosa y maldecía continuamente. Explicó que los inspectores estaban indagando con lupa sus cuentas bancadas y que permanecerían bloqueadas durante un tiempo que no podía concretar.

—Sólo me han permitido retirar una mínima cantidad para no morirme de hambre. Les insulté incluso, y mi actitud sólo hizo acrecentar sus recelos sobre todo cuando expliqué la suma que precisaba para hacer un largo viaje con varios amigos. Desde entonces han intensificado sus indagaciones.

—¿Seguro que no ha realizado alguna actividad financiera que justifique la inspección del fisco? —preguntó Lara.

—Demonios, no —masculló Marta—. No tengo por qué mentirles a ustedes. Los mismos que intentaron raptarme en la estación para que no les viera ahora emplean otros medios más sutiles, legales. Creo que entonces se pusieron nerviosos al emplear la fuerza.

Luis arrugó el ceño.

—Ayer hablé con el comisionado. Le recordé su promesa de que podíamos ir al planeta de la galaxia que quisiéramos y muy amablemente nos respondió que sólo existía una lista de destinos disponibles. Por supuesto que el más próximo a Shaula está a más de doscientos años luz. El resto del viaje tendríamos que hacerlo por nuestra cuenta y riesgo.

Marta miró por la habitación y preguntó por el comandante Groot.

—Desde que empezamos a notar las dificultades para viajar a Widael está un poco misterioso. Marchó a la estación y desde allí abordó un transporte a París —explicó Hannon.

—¿A París? Allí está la Subsede del Gobierno, y el doctor Boling terminando el informe definitivo al Gobierno. ¿Cuándo marchó?

—Hace tres días —dijo Luis, que fumaba sin cesar. Estaba junto a

la ventana desde la cual se divisaba la avenida que procedía del Este —. Un deslizador de alquiler se ha detenido. El comandante Groot baja de él y entra en el edificio como si le persiguiera el diablo.

Un minuto después, Groot estaba delante del grupo. En su rostro campeaba una expresión de alegría.

Antes de explicar nada, preguntó a Marta si ella había arreglado el asunto de los pasajes. Al recibir la negativa respuesta, añadió: —Lo temía y por eso marché a París. Tengo el presentimiento que no desean que marchemos a Widael y por eso he tomado mis medidas.

Le hicieron tomar asiento y pusieron entre sus manos un combinado.

—Vamos, hable, comandante —le instó Luis Téllez.

—Vi al doctor Boling; es una buena persona y dudo que esté involucrado con nuestros enemigos. Le conté un cuento y me presentó a un abogado del Gobierno, a quien expuse mi caso.

—¿Qué caso? —preguntó Marta alarmada—. No habrá cometido el error de contar lo de la herencia...

—¿Me cree un idiota? —replicó Groot ofendido—. Llevé el asunto por otro camino. Aparenté estar desligado de ustedes, actuando por mi cuenta. Es que hay algo que todos hemos olvidado. Se trata del *Dorgues*. ¿Quién es su propietario legal actualmente, al haber desaparecido la compañía que lo construyó y fletó para nuestro viaje? Si el Gobierno afirma que no pueden pagarnos los sueldos acumulados porque tal compañía no existe, no pueden negar que hay un bien mueble que puede resarcir a la tripulación de parte de lo que legalmente nos correspondería si la compañía siguiese funcionando. No dejé respirar al sujeto en cuestión. Materialmente le apabullé con mis argumentos. Para librarse de mí me exigió que debiera presentarle todas las autorizaciones de la tripulación completa para formar una nueva compañía. Entonces localicé a todos los compañeros, les expliqué el caso y remitieron por onda láser los consentimientos. Sólo faltan los vuestros, pero estaba tan contento que decidí regresar, explicároslo y hoy mismo enviar vuestras firmas. Entonces la nueva sociedad quedará constituida legalmente y la *Dorgues* será nuestra.

Los demás rieron y dieron golpecitos en la espalda de Groot.

—Eso puede solucionar el problema —dijo Marta, que era la única que no parecía estar tan alegre—. Pero aún me temo que nuestros enemigos, apenas se enteren de su jugada, comandante, se muevan para hacer inviable la maniobra. Admito que debí, como abogado que soy, pensar en ese truco.

—¿A qué pueden oponerse los que pretenden que no lleguemos a Widael? —protestó el comandante—. Si piensa en el hecho que por el tiempo de la Tierra el *Dorgues* es una nave vieja, ese punto ya lo

discutí con el abogado gubernamental y le convencí. Según nuestro plano temporal, que es el que prevalece, la nave sólo lleva cuatro años construida. Es igual que nuestra edad legal. Seguimos teniendo la que realmente tenemos, no más de un siglo.

—Pero a usted le niegan la licencia para tripular una nave, comandante. Ben-Gora le dijo que según el tiempo terrestre es usted un viejo decrépito, senil, para gobernar una nave —rió Lara.

—Eso también lo arreglé. —Ufano, mostró un carné—. Desde este momento estoy autorizado a comandar una nave.

Marta seguía con el ceño fruncido, meditando.

—No parece muy alegre —le dijo Alan.

—Me pongo en lugar de nuestros enemigos y trato de imaginarme lo que ellos harían para impedirnos la marcha.

—¿Qué deduces?

—Sigue existiendo el problema del dinero. Necesitamos energía para el viaje y llenar las despensas. ¿Cómo lo solucionaríamos?

—Hipotecando la nave —sonrió Groot.

Marta le acompañó en la sonrisa.

—Podría hacerse, claro. Si los demás tripulantes le han dado suficientes poderes para hacerla, desde luego.

—Los tengo. Ahora sólo falta enviar vuestras autorizaciones, amigos, a París por comunicación láser. Entonces todo será legal y yo, además de comandante en activo del *Dorgues,* seré presidente de la nueva compañía.

Lara preguntó:

—¿Puedo preguntarle por qué hace esto por nosotros, comandante?

—Lo estaba esperando. Quiero actividad. No puedo permanecer estático. Y me irrita que pretendan evitarles tomar lo que les pertenece. —Sonrió Groot—. Claro que la nueva compañía se entrampará hasta la médula y confiamos en resarcirnos de nuestras pérdidas.

—Confío que podamos hacerlo —dijo Luis—. Por cierto, señorita Labet, aún no sabemos cuán productivo es Widael, si está habitado, *etc.*

—El interés de ciertas personas por él debe inducirles a pensar que así es. Es tipo Tierra y está habitado, además de poseer una nutrida población de colonos que camina en su tercera generación.

Para asombro de todos, el gesto de Marta se hizo serio.

—Usted aún no nos ha dicho la verdad —insinuó Alan.

—No ha habido tiempo. Pero pueden prometerle al comandante que el primer trabajo de la nueva compañía dará buenos dividendos. Una vez en Widael seguiremos encontrando dificultades, pero allí existe una delegación del Consejo Galáctico que nos asistirá. Estará

ansioso por librarse de una vez por todas del problema que les supone Widael.

—¿Qué problema?

—La Tierra pudo hacer que Widael dejase de estar en Zona Libre, pero jugó arteramente para que no sucediera. Sencillamente engañó al Consejo con argucias legales.

—No entiendo...

—En Widael sigue existiendo la esclavitud —dijo Marta secamente —. Es una práctica que se extendió muchísimo respecto a los nativos humanoides al principio de la expansión. Todos los mundos supervisados por el Consejo, aunque estuviese bajo la autoridad terrestre, fueron liberados de esa lacra, excepto Widael.

La noticia cayó como una bomba en los cuatro amigos. Groot fue el primero que logró sobreponerse a la sorpresa.

—La política interestelar me sigue siendo confusa, incomprensible. ¿Es que la Tierra puede permitir la esclavitud en un mundo? ¿O es el Consejo quien se opone a que sea suprimida?

—El asunto es nebuloso. Cada vez que se plantea la cuestión en el Consejo, aunque el Gobierno de la Tierra no lo haga directamente, organismos de origen oscuro mueven los hilos suficientes para que el asunto no prospere y siga archivado. Alguna corporación sigue interesada en que continúe la esclavitud en Widael.

Luis se levantó y miró a Marta.

—Ahora es el momento de que usted nos diga por qué se esfuerza en que yo haga valer mis derechos sobre Widael. No pienso firmar mi autorización al comandante, ni siquiera moverme de la Tierra, sin que me lo diga.

Marta también se incorporó y, desafiante, dijo a Luis:

—Quiero que sea usted, como dueño del planeta, quien libere de la esclavitud a la población nativa, a los humanoides que son sus legítimos dueños. Eso mermaría cuantiosamente su fortuna, ahora administrada por .un consorcio; pero seguiría siendo inmensamente rico.

Téllez asintió y sonrió a Marta.

—Es lo que esperaba oír. Gracias, señorita Labet. Amigos, creo que en París están esperando nuestras firmas.

*

En el astropuerto les aguardaban dos sorpresas. La primera de ellas resultó agradable.

—¡Blase! —gritó Groot al descubrir a su oficial en la sala de espera.

Sonriente, Blase corrió hacia ellos. Después de saludar al

comandante le estrechó fuertemente, besó a Lara y apretó las manos a Luis y Alan.

— Después de enviarle mi autorización, comandante —explicó Blase—, pensé que necesitarían un oficial de vuelo experimentado y regresé aprisa desde el lugar de perversión donde intentaba matar el hastío. Estoy ansioso por regresar al espacio. Claro que antes me aseguraré que el CCET haya sido reparado. No me gustaría regresar a la Tierra transcurridos cien años.

Todos rieron y al acercarse Marta al grupo la presentaron a Blase. La muchacha llegó con una expresión tan sombría que todos esperaron las malas noticias.

—Sí, hay problemas —dijo Marta confirmando los temores—. Vengo de la Administración y aún no disponemos del permiso de partida.

—¿Cómo es posible? —estalló el comandante—. El *Dorgues* no precisa de más tripulación, la revisión ha obtenido el visto bueno de la Comisión Técnica, yo tengo la documentación en regla y los tanques están llenos de combustible. ¿Qué demonios pasa?

Marta intentó una sonrisa y le salió una mueca amarga.

—La Secretaría Histórica ha metido baza. Alega que el *Dorgues* es una pieza histórica y desea apropiársela.

— ¡Eso es absurdo! —dijo Groot—. He estudiado las actuales naves y la nuestra no tiene que envidiarles nada. La navegación interestelar no ha progresado demasiado. En los registros de matrículas he comprobado que aún continúan en vuelo navíos más imperfectos que el nuestro.

—Y más viejos objetivamente —admitió María—. Pero este modelo es único y la Secretaría Histórica desea añadirlo al museo de Brasilia de la navegación espacial.

—¿La decisión es definitiva? —preguntó Luis en un hilo de voz.

—No, no puede serlo —negó Marta—. El administrador del astropuerto me ha notificado que ha recibido orden de impedir que el *Dorgues* despegue. Es provisional, hasta que el Tribunal Supremo decida la interpelación de la Secretaría. Para consuelo, ese organismo ha prometido que si el pleito les resulta favorable nos pagarán el valor de la nave, que pueden ser muchos cientos de millones; pero que cobraremos dentro de muchísimo tiempo. Así que no nos queda ni la posibilidad de dejarlo estar, cobrar, repartir el dinero entre todos los accionistas y adquirir pasajes.

—Pero podemos instar al Tribunal a que dicte sentencia inmediata, ¿no?

María se derrumbó en uno de los sillones. Parecía vencida.

—Pero luego surgirá otro organismo haciendo valer supuestos derechos sobre lo que ellos consideran antigualla. Seguro que las

sentencias serán todas favorables a nosotros, pero el tiempo seguirá transcurriendo y por desgracia no tenemos mucho.

—Acabarán aburriéndose ellos antes que nosotros —afirmó Blase.

—Oh, no. Ellos quieren ganarlo para conseguir del Consejo Galáctico que los derechos de sucesión de Téllez sean anulados —dijo Marta.

—¿Y eso es posible?

—Sólo necesitan un par de años para que los involucrados en el asunto fuercen a sus amistades jurídica y lo obtengan primero de la Tierra y luego la confirmación del Consejo. Y Widael seguiría en la condición actual para siempre.

—Aún nos queda una posibilidad.

Todos se volvieron para mirar al comandante.

—Sí, ya estoy cansado de tanta tontería —dijo Groot. Se acercó al ventanal. A lo lejos se alzaba, brillante al sol, el *Dorgues*—. Un viejo dicho de nuestro tiempo dice que a veces es preferible tomar el camino de en medio. Y eso vamos a hacer. Al diablo con la burocracia.

Sus oyentes se miraron entre sí y luego, muy despacio, comenzaron a sonreír.

*

Ben-Gora había permanecido delante del cubo comunicador por espacio de una hora. El cenicero lo tenía repleto de colillas y estaba encendiendo su vigésimo cigarrillo cuando el comunicador zumbó anunciándole que intentaban contactar con él.

Nerviosamente Ben-Gora movió el interruptor. Sabía quién le llamaba. Lo había estado esperando. El cubo sólo permaneció opaco.

La conocida voz grave dijo:

—Lo consiguieron al fin, Ben-Gora.

—No podía haberse previsto, señor TD. Se hizo todo lo posible legalmente para impedir la partida del *Dorgues.*

—Pero usted debió haber previsto que eran gentes de otro tiempo y debían pensar de forma diferente, acorde con su atávica mentalidad. Nuestros hombres han obrado primitivamente.

—Le supongo enterado que abordaron la nave alegando un pretexto. Creo que dijeron que iban a realizar una revisión. Lo hizo el comandante y Alan Hannon. Desde que en el astropuerto se recibió la orden del Tribunal de impedir la partida, montaban guardia ante la nave dos soldados. Los inmovilizaron y entonces llamaron al resto de sus compañeros. Ya sabe cuáles son, pero se incorporó el oficial Blase a última hora.

—Sé lo que sucedió, Ben-Gora. Despegaron sin permiso de la torre

de control. Cuando se les envió una patrulla espacial estaban ya a alta velocidad. La patrulla estaba a punto de alcanzarles cerca de Urano, y entonces los muy locos penetraron en el hiperespacio sin esperar cruzar la órbita de Plutón.

—Desobedecer una orden del Tribunal Supremo les coloca fuera de la ley, señor —dijo Ben-Gora tímidamente.

—¿Y qué no importa eso ahora a nosotros? —estalló la voz violentamente—. Es imposible alcanzar una nave que navega por el hiperespacio. Y cuando salgan de él estarán en Zona Libre, a dos o tres días de Widael.

—Se ha hecho todo lo posible, señor… Al menos legalmente.

La voz tardó unos instantes en replicar:

—Tomaré medidas; pero aún le necesito a usted. Tengo medios en Widael para impedir que esos testarudos sigan adelante. De todas formas, Ben-Gora, es preciso seguir usando la legalidad. Y eso hará usted. Lo dispondré todo para que reciba una autorización de sus superiores y se traslade inmediatamente a Widael. En la Delegación del Consejo tengo amigos. Póngase en contacto con esta persona. Memorice el nombre.

La pantalla perdió su opacidad y un papel con un nombre apareció dentro del cubo. Ben-Gora Io leyó rápidamente. En seguida fue retirado.

—Ahora prepare su equipaje, Ben-Gora. Recibirá instrucciones en Widael.

CAPITULO V

—He estado intentando verle desde hace tres días, señor —dijo Ben-Gora.

El hombre que tenía delante le respondió con una mirada altanera. Por un instante afloró en sus labios una sonrisa divertida. Respondió:

—Lo lamento. He estado muy ocupado. La Delegación del Consejo en Widael tiene mucho trabajo estos días. He estado ausente, como supongo que le habrán informado mis ayudantes. Para colmo, sufrí una ligera indisposición.

—Celebro que se haya recuperado, señor Ofhir. Le supongo enterado que TD le habrá advertido de mi llegada.

Ofhir le mostró unas sillas situadas delante de un hogar donde ardía un acogedor fuego. En el exterior bramaba el viento y había veinte centímetros de nieve en las calles.

—Permítame que le ofrezca la bebida local, señor Ben-Gora —dijo Ofhir llenando dos talladas copas con un sangriento líquido—. La destilan los nativos para su uso exclusivo y resulta difícil de obtener.

—Es deliciosa —dijo Ben-Gora después de probarla primero con desconfianza. Luego bebió un trago más largo—. Tiene una casa estupenda, señor. Y muchos criados.

—Son baratos aquí —sonrió—. Legalmente no puedo disponer de esclavos como funcionario del Consejo. Para cubrir las apariencias les hago firmar un contrato de trabajo que no vale ni el papel donde están redactados.

—Es extraño. El Consejo prohíbe a sus empleados que usen esclavos, pero no mueve un dedo para impedir que sigan siéndolos.

—Estamos forzados a ser los albaceas testamentarios de Widael, señor Ben-Gora. Y llevar bien los negocios. Viven en este planeta varios cientos de miles de humanos libres. Los widaelitas son simplemente humanoides, que por causa de trabas legales no pueden proclamar que poseen la suficiente inteligencia para dejar de ser automáticamente animales de propiedad ajena.

—El Consejo parece estar de acuerdo con la situación.

—Legalmente nos limitamos a que no se cometan excesos. No podemos hacer otra cosa. Nadie quiere problemas con la Tierra. Pero tarde o temprano dejará de existir esclavitud en Widael. Es un proceso irreversible.

—¿Mañana o dentro de un siglo? ¿Cuándo sucederá?

—Seguramente ni usted ni yo lo veamos —rió Ofhir—. Como ya sabe, estoy bajo las órdenes del director de la Delegación y no quiero que nadie sepa que usted ha estado en mi casa. A partir de ahora nos

veremos en otros sitios. Ya le daré instrucciones para ello.

—El director se llama Cardona. ¿Podemos confiar en él?

—De ninguna manera. Entorpece los buenos negocios locales.

—No he tenido tiempo de averiguar cuáles son los negocios locales. ¿Qué produce Widael?

—Existen algunas decenas de concesiones otorgadas por el Consejo a diversas compañías particulares. Todas se dedican a la extracción de minerales, que venden, al parecer a buen precio, a un consorcio de origen terrestre.

—Entiendo.

Ofhir le miró seriamente.

—¿Qué entiende usted?

—Tal vez ese consorcio terrestre sea el interesado en que no desaparezca la esclavitud en este mundo.

—Nunca he pensado en indagar demasiado. No es bueno para la salud. El señor TD me paga bien para que le sirva. No estaré mucho tiempo en Widael y me importa muy poco Io que hay detrás de todo esto. Y a usted le aconsejo que se limite a obedecer.

—No me gustan los consejos.

—Es una orden de TD.

—¿Ha hablado con él?

—Puedo decirle que sí. Ahora dejémonos de charla inútil. La *Dorgues* ya está aquí. Y ese grupo de entrometidos ha solicitado una entrevista oficial con el director Carmona para hacer valer los derechos de Téllez sobre el planeta.

—¿Qué consecuencias puede traer tal cosa?

—Los contratos con las compañías que explotan los yacimientos quedarán anulados de facto cuando Téllez tome posesión legal, ya que el Consejo los otorgó en precario.

»Por el momento haga usted algo, desde el punto legal de las leyes terrestres, para entorpecer la labor de Téllez y sus amigos. Yo trabajaré por otro lado.

—Como representante de la Tierra tengo poco que hacer aquí —dijo Ben-Gora, molesto.

—Piense. Aunque sean sus legítimos propietarios, los hombres del pasado huyeron de la Tierra sin permiso. Si es inteligente encontrará algún argumento para que el director detenga por el momento la entrega de Widael a Luis Téllez.

Ben-Gora entornó los ojos.

—Es posible que... Sí. Puedo alegar que el Gobierno de la Tierra enviará en breve una solicitud de extradición. Antes que se descubra que no trabajo oficialmente para ellos pasarán unos días. Claro que el director sabrá desde el primer momento que la demanda no prosperará.

Ofhir se levantó.

—Magnífico. Algo es algo —le acompañó hasta la puerta. Al otro lado del pasillo rugía la tormenta de nieve. El vehículo de alquiler que esperaba a Ben-Gora se acercó, encendiendo sus potentes luces.

El delegado del Consejo le estrechó la mano, despidiéndole fríamente, tanto como gélida era la temperatura exterior.

*

Alan Hannon observó al nativo.

El widaelita era un humanoide delgado, un poco más bajo que la media de los terrestres. Sus facciones eran burdas, casi una caricatura de las humanas. Una nariz pequeña, boca minúscula y ojos redondos, muy negros. Sus brazos eran largos y terminaban en manos de seis dedos, con cuatro articulaciones y uñas azules. Se movía por entre las mesas del bar con agilidad.

Otros muchos nativos trabajaban en el hotel. Sólo eran humanos los puestos de responsabilidad. Las hembras widaelitas parecían más humanas, incluso poseían cierto atractivo sexual que Alan tuvo que reconocer de inmediato, después de estudiar sus bien formados cuerpos y prominentes senos.

Marta estaba sentada a su lado y carraspeó. Alan miraba a una camarera de minúsculo vestido que pasó a su lado.

—Es la hora, encanto —le dijo.

Alan se movió, sonriéndole. Le apretó la mano, como disculpándose.

—Parece interesarte mucho las nativas —le recriminó ella.

Alan la besó en los labios. Durante el viaje desde la Tierra a Widael ambos habían trabado amistad que terminó en profunda intimidad. Para él, Marta era encantadora, y la abogado parecía sentirse totalmente complacida a su lado.

—En mi tiempo no había muchos planetas descubiertos que viviesen humanoides —dijo—. Estos son demasiados parecidos a nosotros. Me estremezco pensando que viven en esclavitud.

—Es deprimente, sí. Aunque en las ciudades la esclavitud que padecen no ofrece una visión demasiado cruel, lo peor ocurre en las minas. Allí los nativos son usados despiadadamente para extraer mineral.

Alan movió la cabeza.

—Sigo sin comprenderlo. Hierro, plomo, cinc, *etc.* Minerales que no valen mucho,. Y lo venden al consorcio terrestre todo mezclado. ¿Por qué no se refina aquí?

—Ojalá lo supiera.

—¿Es que la técnica no permite la automatización total en los

yacimientos para prescindir de la mano de obra, numerosa, de los nativos? Aunque barata, debido a la esclavitud, una modernización podría abaratar los costes, e incluso exportar el mineral separado y más puro.

Ella se levantó cuando un hombre se acercó a su mesa.

—Te presento al señor Obono, Alan —hizo las presentaciones y apenas los dos hombres se estrecharon las manos, agregó—: Se nos hace tarde y estamos citados para dentro de cinco minutos en la sede de la Delegación del Consejo. Los demás, espero, ya estarán con el señor Cardona.

Obono era un hombre alto, moreno que sonreía mostrando una enorme y blanca dentadura. Fuera del hotel les esperaba un deslizador conducido por un nativo silencioso, que lo puso en marcha cuando Marta le dio la dirección.

La tormenta había cesado y la ciudad aparecía cubierta de blanco. El cielo volvía a mostrar las estrellas y no hacía tanto frío como cuando el *Dorgues* descendió en el astropuerto.

—¿Le agrada nuestra ciudad, señor Hannon? —preguntó Obono.

Alan conocía poco de la urbe. Allí vivían unos doscientos mil humanos y otros tantos nativos. Era extensa, de edificios pequeños y amplias avenidas. De noche ofrecía un aspecto tétrico. Pensó que tal vez se debía a que habían soportado un tiempo terrible.

—Seguramente me agradará más cuando llegue el verano —sonrió Alan.

—Tenemos inviernos cortos, pero demoledores. Nuestros polos son muchos más grandes que los de la Tierra, y cuando se extienden en el invierno, incluso en el ecuador donde estamos, la temperatura desciende hasta los veinte grados. Pero dentro de dos semanas comenzará la primavera y durante diez meses gozaremos de un tiempo excelente. Claro que disponemos de una franja estrecha, pero maravillosa.

El interior del vehículo gozaba de una cálida temperatura. El conductor nativo vestía un ligero traje y parecía sentirse molesto allí, como si el calor fuera excesivo pata él.

—Aún no comprendo cómo ha accedido a ayudarnos, señor Obono —dijo Alan mirándole.

—La señorita Labet me conocía. Fue cuando hace años estuvo aquí investigando el sistema de esclavitud —respondió Obono—. Yo poseo una concesión minera en el norte, como todas. Sólo entre los hielos existen minas, ese extraño conglomerado que se extrae aquí, y que el consorcio no compra. No desea otra cosa. Y es algo que a pesar de los años que llevo aquí no puedo comprender.

—A Obono le han retirado la concesión —dijo Marta.

—¿Por qué? —preguntó Alan.

—Expiró su contrato y la Delegación del Consejo consideró que no debía renovársele. En la reunión que vamos a celebrar con Cardona deseo que él explique el motivo. Precisamente, en las instalaciones de Obono los nativos vivían decentemente. No eran esclavos, sino trabajadores con todos sus derechos —explicó la mujer.

—Yo desciendo de esclavos, señor Hannon —dijo Obono—. De esclavos terrestres. También en la Tierra existió esclavitud, como sabrá. Cuando logré la concesión me dije a mí mismo que no era justo lo que pasa en Widael. Tengo algunos enemigos entre los dueños de otras minas a causa de los métodos que uso. Pero yo extraía más mineral que nadie. Para colmo, últimamente el consorcio comenzó a ponerme dificultades. No querían comprar mi mineral.

—¿No intentó mecanizar sus yacimientos, liberar a los nativos?

—Ellos podían marcharse cuando quisieran, pero no lo hacían. Mire, señor Hannon. Usted aún no conoce lo que pasa aquí. Los nativos se mueven a cuarenta grados bajo cero como nosotros en una cálida playa. Para ellos el frió no existe. Bajan a mil metros de profundidad, en donde el frío se filtra. Trabajan lento, pero firmes. Los humanos no podrán vivir en el norte, la zona minera. Nosotros tenemos que limitarnos a encerrarnos en nuestras casas, con la calefacción a tope. Sólo podemos salir por cortos espacios de tiempo al exterior. Esta es la razón que se emplee mano de obra local.

—¿Afecta el clima tropical a los nativos? .

—No, pero no les hace mucha gracia. Ellos viven cerca del frío. Cultivan franjas de tierras semicálidas. Antes de que este planeta fuera descubierto eran nómadas, pero el hombre les hizo cambiar de costumbres. Son tan estúpidamente pacíficos que liemos hecho de ellos un pueblo diferente. Son inteligentes, aunque So neguemos. Aprenden pronto y por esto los propietarios no quieren enseñarles nada. Creo que el motivo de que nieguen mi concesión es que yo les enseñaba demasiado. Han muerto muchos nativos. Sobre todo al principio. Cuando los Téllez, los que descubrieron este planeta murieron, acudieron gentes desalmadas que cometieron excesos. Sólo la intervención del Consejo impidió mayores males, pero de súbito se detuvo y no hizo más para hacer desaparecer la esclavitud.

—¿Sabe el motivo porque le niegan seguir explotando su mina?

—Eso tendrá que decírmelo el director. Existe un personaje en la Delegación, un tal Ofhir, que ayer mismo me lo comunicó. No esperaba tal cosa de Ofhir. Siempre me demostró amistad. Se negó a recibirme, y al saber yo que estaba en la ciudad la señorita Labet me puse en contacto con ella.

—Entonces le rogué que nos acompañase esta noche a casa del director. Sería cruel que el único concesionario que practica con los nativos un trato humano le sea retirada la concesión —terminó

diciendo Marta con marcado énfasis de ira en su voz.

Estaban saliendo de la ciudad y volaban a un par de metros sobre el asfalto cubierto de nieve. Las luces de indicación en la carretera les mantenían sobre el flujo magnético que impulsaba el vehículo.

Había muchas casas rodeadas de jardines a ambos lados. El conductor dijo con voz nasal:

—Estamos llegando, señores. ¿Desean que entre en el parque que rodea la finca del señor director Cardona?

No era la primera vez que Alan escuchaba hablar a un nativo, pero no por ello dejó de sorprenderse. El conductor, como todos los que había escuchado, se expresaba correctamente en el idioma de la Tierra.

—Dios mío —masculló en voz baja—. Es absurdo que estos pobres diablos sean esclavos, que no se les reconozcan sus derechos.

—Sí, por favor —dijo Marta al conductor—. Deténgase delante de la casa y espérenos.

El vehículo aminoró su marcha, penetró por una puerta y avanzó por un sendero de grava, ahora rodando con sus gruesas ruedas de goma.

—Existen razas no humanas por debajo del coeficiente medio de los widaelitas que son libres, señor Hannon —dijo Obono—. Y lo peor del asunto es que el caso de Widael es escasamente conocido en la Tierra, y también en todos los mundos que pudieran sentirse horrorizados de lo que aquí sucede.

El sendero de grava les condujo hasta un hangar, cuyas puertas se cerraron detrás de ellos. El desapacible tiempo quedó al otro lado. Descendieron y un nativo acudió a darles la bienvenida.

—El señor Cardona les aguarda, señora, señores —dijo insuflando calidez a sus palabras.

El conductor también bajó y se dedicó a limpiar su vehículo. El humano que era su propietario debía tenerle instruido para que siempre mantuviese reluciente el deslizador.

—¿Han llegado las otras personas? —preguntó Marta al nativo mientras caminaban por un corredor alfombrado.

—Sí, señora. Están esperándoles en la biblioteca.

En la estancia que el criado llamó biblioteca existían escasos libros, pero miles de grabaciones y reproductoras de lecturas. En un rincón ardía un reconfortante fuego. Amplios butacones de cuero local rodeaban una pequeña mesa donde había licores.

Cardona era un hombre de edad avanzada y acudió al encuentro de los recién llegados, ofreciéndoles una sonrisa amplia y sus brazos extendidos amistosamente.

—Marta Labet, querida amiga —dijo—. Aún recuerdo tu grata estancia anterior en Widael. Me place comprobar que no desistes en

tu lucha.

La mujer presentó al director a Alan y luego lo hizo con Obono.

—Mis demás amigos ya los conoce, señor —añadió mirando a Groot y los Téllez—. Tenemos muchas cosas de que hablar, pero pienso que el motivo por el cual está aquí Obono es el más apremiante.

Cardona asintió vigorosamente.

—Estoy de acuerdo. Mientras les esperábamos, sus amigos me han contado lo sucedido con la concesión del señor Obono. Para no perder tiempo he llamado al señor Ofhir y le he ordenado que se presente aquí cuanto antes.

El rostro de Marta se ensombreció y su postura no pasó desapercibida para el director.

—¿Es que no le agrada? —preguntó, inquieto, Cardona—. Pensé que una explicación directa de Ofhir nos conviene a todos. Yo aún no logro explicarme cómo él ha derogado la concesión de Obono, ya que no existe motivo alguno.

Marta alzó la cabeza y sonrió.

—Confiemos que Ofhir tenga una explicación convincente para todos. Es posible que su decisión se haya debido a un lamentable error.

—Estoy seguro de ello —Cardona indicó los asientos. Dos criados repartieron bebidas y se marcharon sigilosamente a una indicación del director—. Ahora discutamos la nueva situación del planeta.

Miró fijamente a Luis Téllez.

—He visto muchos hombres del pasado en mi vida, pero siempre me asombro y sobrecojo en cierto modo al estar frente a ellos —añadió eufórico—. Algunos dieron problemas, pero ustedes ofrecen una cuestión que me agrada mucho. Suponen un cambio radical en la política que el Consejo ha estado llevando en Widael.

—Un momento —dijo Groot con el ceño fruncido—. Señor director, usted dice que ha visto muchos hombres del pasado. No lo entiendo. En la Tierra nos aseguraron que hace muchos años que no sucedía tal cosa.

—No todos los que han sufrido una avería en su dispositivo CCET han vuelto a la Tierra, comandante. Muchas naves han descendido en otros mundos. Casi todas procedían de la misma época de ustedes.

—Ignorábamos tal cosa —musitó Groot—. Al parecer era corriente que el dispositivo CCET padeciera alteraciones en nuestra época.

—Años después se corrigió ese defecto y ahora no se pierde ninguna nave. Todas regresan en el mismo plano temporal que usaron para la partida y no se producen estos desagradables traslados en el tiempo.

Todos miraron a Marta y ésta se encogió de hombros.

—Vivo en la Tierra y siempre creí que desde hace muchos años no volvían navegadores procedentes de su época, amigos. Pero no creo que esto tenga importancia ahora, ¿no?

—Yo también pienso así —dijo Cardona—. Pero llevo varios años en Widael y no puedo decirles si actualmente siguen produciéndose retornos en otros planetas situados bajo la jurisdicción del Consejo o el dominio terrestre —sonrió—. Estoy un poco apartado de la llamada de mi cliente, señor director? —preguntó Marta.

Cardona movió los hombros.

—He revisado toda su documentación, señorita Labet, de la cual he enviado copias vía láser a la sede del Consejo. Oficiosamente, la respuesta es positiva. Tardará unos días la confirmación oficial, pero me permiten mis deducciones decirles ahora que no hay nada que impida a Luis Téllez tomar posesión de este planeta.

Luis tomó las manos de su esposa y las apretó. Respiraron con alivio y sus amigos les dirigieron sonrisas de felicitación.

—Yo también estoy contento —siguió el director—. Apenas acceda Luis Téllez a la propiedad de este mundo, el Consejo retirará su Delegación. Sólo actuaremos como árbitros si Téllez lo solicitara. Me temo que algunos propietarios de concesiones mineras se resistirán a abandonar el uso de los esclavos. Pero si las cosas se tornan violentas siempre le asistirá el derecho de reclamar la presencia de las tropas del Consejo. Y los concesionarios recalcitrantes serán expulsados a punta de fusil.

Luis entornó los ojos. Luego miró ansiosamente a Marta.

—Necesitaré asesoramiento. ¿Qué tengo que hacer ahora? —sonrió confusamente—. No es fácil ser dueño de un mundo.

—Pero tendrá algunos proyectos. Posiblemente pueden ser perfilados —sugirió el director.

—Lo principal es anular el derecho a la esclavitud. Los nativos serán ciudadanos. En unos años ellos podrán gobernarse por sí mismos.

—No será fácil. Siempre han sido anárquicos, aunque parece que vivían muy felices antes que sus padres descubrieran este planeta. Empero, no olvide que la única riqueza exportable de Widael es la exportación del mineral. Pasarán muchos años antes que una evolución industrial permita suspender esta extraña venta.

Marta dijo:

—No será aconsejable romper las relaciones desde el primer momento con el consorcio terrestre que adquiere el mineral. Se revisarán las concesiones y muchas deben seguir funcionando, pero sin usar esclavos. Confío que en unos dos o tres años encontremos otros medios para relanzar la economía de Widael. Tampoco es bueno que los humanos residentes emprendan el éxodo.

—Pero muchas deberán ser expulsados —dijo el director—. Yo lo habría hecho de tener poder legal para ello. No quiero engañarles, señores. Tienen ante sí muchas dificultades.

—Somos conscientes de ello —afirmó Luis con decisión—. También sé que ser dueño de este mundo no me proporcionará incalculables riquezas. Y, por supuesto, dejaré de ser su propietario en poco tiempo. Pero eso no me importa. Pienso establecerme aquí con mi esposa y trabajar duro. Lo único que deseo es que mis viejos compañeros recuperen su inversión.

—Eso no será problema —dijo el director—. Al hablarles de problemas pensaba en la Tierra. Ustedes se marcharon de allí quebrantando sus leyes y están fuera de la ley.

—Lo sabemos. Es posible que nos impongan una multa, pero podremos pagarla más adelante —dijo Marta—. Y hasta confío en su condonación una vez que aportemos pruebas que alguien nos ponía toda clase de trabas rebajando ostensiblemente nuestros derechos.

Cardona suspiró.

—Pues me temo que esa persona no ceje en su empeño. Ha llegado a Widael un personaje llamado Ben-Gora que esta mañana ha presentado una reclamación contra ustedes. Exige la extradición de quienes promovieron un incidente peligroso en el astropuerto del Sahara.

— ¡Ben-Gora aquí! —exclamó Marta—. No es posible que el Gobierno de la Tierra le haya enviado aquí con semejante estupidez. El más lerdo de los jueces, incluso el más corrompido, habría firmado una orden así. ¿Usted ha visto esa demanda, director?

Beatíficamente, Cardona negó con la cabeza y dijo:

—No, pero Ben-Gora me ha asegurado que se trata de cuestión de tiempo, que él la tendrá en sus manos cuando el Gobierno de la Tierra se la remita vía láser.

—Es una artimaña más —dijo Marta acremente—. Si se pregunta al Gobierno terrestre nos contestaría diciendo que Ben-Gora está actuando por su cuenta. Estoy segura.

—Pero tendríamos que dar con la persona imparcial en el Gobierno —rezongó Groot—. Y me temo que existen muchos altos funcionarios que están de parte de Ben-Gora.

Todos miraron al comandante, interrogadoramente.

—Oh, aún no sé nada —se disculpó éste—. Pero he estado matando el tiempo leyendo e investigando. Durante el viaje hasta aquí he dispuesto del suficiente.

—Díganos algo —le instó Alan Hannon—. Yo también encuentro todo este asunto demasiado extraño. Es demasiada la importancia que se le da a un planeta que sólo exporta minerales baratos, que abundan en toda la galaxia. ¿Quiénes están detrás de ese consorcio que lo

adquiere y dónde lo envía? Los fletes son costosos y…

La entrada de un criado interrumpió a Alan. Se dirigió a Cardona y dijo:

—Señor, el señor Ofhir solicita ser recibido.

Obono no pudo reprimir un comentario:

—Me sorprende. Pensé que presentaría una excusa para no enfrentarse a mí.

—Dígale que pase —pidió el director al nativo.

—Deben disculparme —dijo Alan levantándose. Movió la cabeza y trató de sonreír—. Debo ir al lavabo. Temo haber bebido demasiado licor y deseo refrescarme.

Marta le siguió con la mirada y con cierto aire de enfado. Por un momento estuvo a punto de marchar detrás de Alan, pero la entrada de Ofhir la contuvo.

El director no le dio tiempo para hacer el más ligero saludo. Secamente, le preguntó:

—¿Qué tiene que alegar a su decisión de rechazar la renovación minera al señor Obono, Ofhir?

Ofhir inclinó la cabeza levemente, se llevó la mano al bolsillo de su abrigo de pieles y la sacó empuñando un arma grande, de fino y amenazador, empero, cañón.

—Esta es mi razón, señor director —dijo.

CAPITULO VI

Alan se había detenido en el pasillo al escuchar la exclamación de rabia del director. Retrocedió y a través de las cortinas observó la escena. Sus ojos se posaron en el arma que sostenía aquel hombre que se llamaba Ofhir.

Iba a reaccionar impulsivamente volviendo a entrar en la biblioteca, pero unas manos suaves le contuvieron. Era el criado de Cardona.

—No lo haga, señor.

—Pero... —empezó Alan a protestar, irritado por el atrevimiento del esclavo.

En aquel momento entraron en la biblioteca más hombres, todos armados. A partir de entonces sus deseos de intervenir se desvanecieron.

—¿Qué sucede? —preguntó susurrante al esclavo.

—La casa está rodeada. Me obligaron a anunciar al señor Ofhir. Quieren apresarles a todos.

Por la rendija de la tupida cortina vieron cómo Ofhir parecía contar a los presentes, arrugaba el ceño y hacía unas señas a sus hombres para que registrasen las habitaciones.

—Vámonos, señor —le instó el esclavo—. Podremos huir.

Alan reprimió su curiosidad, preguntar al humanoide cómo iban a poder escapar. El vehículo alquilado estaba fuera de su alcance. Pero el esclavo tiró de su manga, arrastrándole por el pasillo.

No llegó a sus oídos cuando Ofhir afirmó:

—Falta un hombre. —A sus hombres—: ¡Buscadle!

—Está loco, Ofhir —dijo el director—, ¿Sabe lo que está haciendo?

—Desde luego. Sé de sus intenciones, Cardona, y éstas no me interesa nada que sean llevadas adelante.

—No podrá refugiarse en ningún planeta. El Consejo le perseguirá donde se esconda y...

—Cállese. Conozco las leyes —Ofhir alzó su pistola hasta la altura del rostro del director—. Pero usted ha tenido la culpa de todo. Si no hubiera hecho caso a esos terrestres...

—Es mi deber.

Ofhir empujó al director cuando sus hombres empezaron a regresar a la biblioteca.

—No hay nadie más en la casa que algunos esclavos, señor —dijeron molestos.

—No puede ser. ¡Todos entraron en esta casa! Los últimos en llegar fueron Groot, Marta y Obono. Los demás llegaron antes y

ninguno se marchó. ¡Salid fuera!

—Estará loco si pretende huir a pie con este frío —masculló un hombre dirigiéndose a la salida.

—Encargaos de los esclavos —dijo fríamente Ofhir.

Instantes después se escucharon secos estampidos. El ruido procedía de las habitaciones que ocupaban los nativos. El director palideció.

—Ha asesinado a unos seres, maldito —masculló—. ¿Qué pretende?

El director alzó los brazos y pretendió golpear a Ofhir. Este se echó a un lado y disparó su pistola. Cardona recibió la descarga en el pecho y cayó sobre un butacón de cuero. Luego rodó al suelo.

Ofhir se encogió de hombros. Miró a los demás y dijo:

—El tenía que morir ahora mismo; pero les aseguro que ustedes le seguirán si están dispuestos a cometer una tontería.

—No puedo saber lo que pretende, Ofhir, pero le aseguro que no se saldrá con la suya —dijo Groot.

Ofhir sonrió ampliamente.

—No esté tan seguro, comandante. Ya me encargaré de que todo el mundo piense que ustedes, al no encontrar la ayuda que esperaban del director, le mataron. E hicieron lo mismo con los esclavos para quitar testigos.

Regresaron a la biblioteca los hombres que habían asesinado a los nativos. Ofhir les ordenó: —Llevadlos afuera. Ya sabéis dónde los tenéis que conducir. Yo iré más tarde.

Salieron todos y sólo un hombre quedó en la estancia con Ofhir. Llevaba una máscara contra el frío, que se quitó muy despacio.

Ofhir le miró divertido.

—Parece horrorizado, Ben-Gora.

La mirada del comisionado bajó hasta el cadáver que yacía en la alfombra.

—Creí que usaríamos la astucia para desbaratar los proyectos de los hombres del pasado, Ofhir. ¿Para qué me ha obligado a venir aquí y tener que presenciar esta masacre?

—Porque las cosas se estaban poniendo mal para los deseos de TD, y como usted estaba metido hasta el cuello en el asunto yo tenía que terminar de enterrarlo.

Ben-Gora miró furioso a Ofhir.

—Yo ya no le servía para nada. Debió dejarme volver a la Tierra.

—Oh, no, mi querido amigo. Su participación habría sido tan poco comprometedora para usted que no podíamos tenerle ya confianza. Es cierto que cometí la torpeza de revocar la concesión a Obono. Claro que no podía suponer que éste conociera a Marta Labet. Entre ambos iban a ponerme en mal lugar ante el director. ¿Sabe que recibí una

comunicación esta mañana de TD?

Ben-Gora negó con la cabeza.

—El jefe está nervioso. No pude ocultarle nada, por supuesto. Llegó a la conclusión que no podíamos andarnos ya con miramientos. El invierno terminará pronto y la actividad regresará al planeta. Entonces se descubrirá que los pretendientes a la heredad de los Téllez se pusieron nerviosos y mataron al director porque éste no encontraba pruebas de la legitimidad que ellos pretendían.

— ¡Pero el Consejo está a punto de enviar su veredicto, que parece ser positivo para Luis Téllez! —estalló Ben-Gora.

—Esa es una noticia que teóricamente el director no comunicó a los terrestres cuando éstos lo mataron. No le dé más vueltas, Ben-Gora. Las indagaciones de los expertos que el Consejo enviará darán como culpables a los terrestres.

—Eso es una estupidez. En pocas horas comprobarán que ellos son inocentes. Les pedirán permiso para someterlos al detector de la verdad y no se negarán. Además, contarán todo lo que han visto, y aunque al principio parezca una versión inverosímil, luego los creerán y le buscarán a usted.

Ofhir movió la cabeza como si lo que escuchara le pareciera una estupidez.

—Para entonces ya habrán muertos todos.

Ben-Gora se envaró. Sólo el color oscuro de su piel impedía que la palidez pudiera manifestarse.

—¿Por qué no los ha matado ya? Unos muertos más no habrían importado.

Ofhir se abrochó el abrigo, guardó el arma y pasó amistosamente una mano sobre el hombro de Ben-Gora, conduciéndole amablemente hacia la salida.

—Ese acto llegará a su debido tiempo. Antes tengo que recogerles unas firmas que anulará la compañía que han creado y cualquier pretensión posterior que un picapleitos encuentre para seguir metiendo sus narices en este planeta. Sólo entonces morirán. Colocaremos sus cadáveres en un lugar que induzca a pensar que se perdieron cuando escapaban de su crimen. El tiempo sigue siendo malo y los informes meteorológicos aseguran que volverá otra tormenta de nieve.

Llegaron a la salida. En el túnel, los hombres de Ofhir estaban empujando al interior de un deslizador grande a los prisioneros. El conductor del vehículo que alquiló Marta yacía en el suelo, sobre un charco de sangre.

—Pero falta uno —dijo Ben-Gora—. Usted lo ha dicho.

Ofhir asintió.

—Así es. Ha debido escaparse; pero esta casa está demasiado

aislada. Se perderá y morirá. La noche es oscura y probablemente terminará congelado en alguna grieta, lejos de la carretera.

—¿Tengo que regresar a la ciudad? —preguntó Ben-Gora en un hilo de voz,

—De ninguna manera —rió Ofhir—. No pretenda buscarse una coartada, mi querido amigo. Usted vendrá con nosotros.

—¿Adónde?

—Ya lo verá, ya lo verá.

Y lo empujó al interior del vehículo de alquiler, ante cuyos mandos ya estaba colocado uno de los hombres de Ofhir.

* * *

Cuando el nativo regresó al lugar donde Alan se ocultaba, detrás de unos árboles y a unos cien metros de la casa, estaba casi congelado. En su precipitada salida de la casa no había tenido tiempo de coger ninguna ropa de abrigo.

El nativo caminó hacia él sobre la nieve, grácilmente. Seguía vistiendo las livianas ropas que usaba en el interior de la casa y no parecía importarle. Le dijo al llegar junto a él: —Podemos volver, señor. Se han ido. Tiene mala cara, señor.

Alan se sintió incapaz de responder. Le castañeteaban los dientes. Cubrió la distancia que le separaba de la casa y le pareció increíble volver a sentir el calor del interior.

El criado le sirvió una copa de coñac y le ayudó a llegar hasta el fuego reconfortante de la biblioteca.

—¿Qué ha pasado? —preguntó un poco más repuesto.

El nativo había regresado primero a la casa apenas vieron salir del túnel a los coches, que se perdieron por la carretera, pero no en dirección a la ciudad, sino al norte. Solemnemente, el esclavo retiró uno de los butacones, haciendo que Alan viese el cadáver del director.

—También han matado a todos mis compañeros.

A Alan se le escapó de entre las manos la copa de coñac. Pensó en Marta primero y luego en los demás. El esclavo se le anticipó a su pregunta: —A los demás humanos se los llevaron vivos. Estoy seguro.

—Entonces tengo que volver a la ciudad y denunciar lo sucedido a las autoridades.

—¿A quién, señor? No olvide que el director era la autoridad. Precisamente quien le mató es su segundo.

—Concretamente, ¿quién le mató?

—Ofhir. Aparentemente lo sucedido no tiene lógica. Ofhir era un buen ayudante del señor Cardona. Es posible que más adelante encontremos una explicación coherente.

Alan miró al esclavo fijamente, estudiando su rostro burdo, pero

no carente de gracia.

—¿Cómo te llamas? Que me asen si tú pareces un ignorante nativo.

—El señor Cardona me llamaba Nueve, porque ése era mi número entre sus servidores en la casa. Mis familiares me llaman Zditmer.

—Creo que te seguiré llamando Nueve, si no te importa. No pareces alterado por la muerte de tus compañeros.

—¿Por qué iba a alterarme, señor? Lo sucedido ya no tiene solución. Debemos pensar en qué debemos hacer ahora.

—Es cierto, y si no es aconsejable volver a la ciudad, ¿qué podemos hacer?

—Ofhir y sus gentes presumen que usted morirá porque le creen solo en estos parajes, incapaz de llegar por sí solo a la ciudad. De todas formas tendrán alertados a más hombres en la ciudad por si regresa. Por lo tanto, no debe regresar.

—¿Entonces dónde demonios puedo ir?

—Yo me marcho, señor. Le aconsejo que venga conmigo.

El nativo salió y regresó con el abrigo calefactor de Alan. Le ayudó a colocárselo.

—¿Es que un esclavo puede abandonar la casa de su amo? ¿No te perseguirán por ello?

La delgada y pequeña boca del nativo esbozó una sonrisa. Era la primera vez que Alan veía reír a un widaelita.

—¿Ha aprendido usted a distinguir un widaelita de otro, señor?

—Es cierto, todos vosotros me parecéis iguales.

—En Widael alguien toma un número de esclavos y ya está. Sólo cuenta de vez en cuando para ver si están todos. A ningún amo, ni propietario de mina, le interesa si siempre son los mismos, sino el número que precisan.

Alan, a pesar de las circunstancias, comprendió pronto y soltó una risa nerviosa.

—Me quieres decir que cuando os cansáis os marcháis y otros compañeros ocupan vuestros puestos, ¿no?

—Algo parecido. Vamos, señor.

Cruzaron por el túnel. Si Alan dirigió una mirada al nativo que condujo a la casa de Marta, Groot y Obono, su compatriota lo ignoró totalmente; su muerte no parecía impresionarle.

Regresaron a la fría noche. Alan soltó una maldición al enfrentarse a las frías estrellas y el paraje nevado.

—¿Cómo diablos vamos a marcharnos? ¿Andando?

Por toda respuesta, Nueve se dirigió a un cobertizo y regresó arrastrando una especie de deslizador, en el cual, incluso de pie, difícilmente podían viajar dos personas. Pero la decepción de Alan fue enorme cuando descubrió que carecía de cualquier medio de

propulsión.

—¿Dónde están los perros para que tiren?

—No hay perros en Widael, señor; y los que los humanos trajeron no consiguieron aclimatarse.

—Era una broma, olvídalo. Pero dime cómo vamos a viajar.

Nueve se colocó delante del deslizador o trineo, se agarró a las manillas e indicó a Alan que hiciera lo mismo. Luego echó sobre la nieve una especie de paleta, que activó moviendo una manivela.

Muy despacio al principio, pero adquiriendo velocidad rápidamente, el deslizador se desplazó por la nieve. Cruzaron la verja y se alejaron de la casa, siempre paralelos a la carretera, pero bastante alejados de ella.

Aquél fue un viaje alucinante para Alan. El frío aumentaba a medida que la noche seguía su curso. Cuando alcanzaron las montañas y el terreno se hizo más abrupto estaba casi dormido. Era la primera vez que el sueño le vencía estando de pie. Notó que Nueve le ayudaba a bajar del deslizador. A través de los entornados ojos, echando de menos unas gafas que le defendieran los ojos del cortante aire, divisó entre los árboles unos extraños animales. Eran de patas altas, cuerpo delgado y cabeza pequeña al final de un corto cuello. Parecían dóciles. Nueve les habló en un lenguaje extraño y dos de ellos se les acercaron.

El nativo ayudó a Alan a montar en uno y le enseñó cómo agarrarse a las largas crines, asegurándole:

—No le tirará al suelo si usted no hace ningún movimiento hostil, señor. Yo iré delante y mostraré el camino.

Alan movió la cabeza para alejar el sueño que pretendía dominarle. Siempre iba a recordar aquel alucinante viaje por un paisaje quebrado y blanco, bajo la luz de las estrellas. Los extraños animales galopaban velozmente y con seguridad en el terreno más apropiados para cabras o lobos. Subían y bajaban continuamente, siempre avanzando hacia el norte.

En una ocasión, agotado, estuvo a punto de caer, pero Nueve estaba a su lado y le sujetó. Casi ya inconsciente, antes de sumergirse totalmente en la nada, Alan percibió que era atado a su extraña montura.

CAPITULO VII

Cuando Obono aseguró que les habían llevado a su mina, Groot le preguntó:

—¿A qué distancia está de la ciudad?

—A unos doscientos kilómetros —con cierto orgullo en la voz, agregó—: Es de las mejores. Apenas tenemos que profundizar trescientos metros para extraer la amalgama.

—Eso ahora no nos importa —gruñó el comandante—. Sólo se lo he preguntado para conocer dónde estamos de la civilización.

La habitación donde habían sido encerrados sólo medía tres metros por cinco. Las paredes eran de madera y el techo de acero. Había una mesa y varias sillas. En cada rincón estaba colocada una estufa eléctrica.

Groot se sentó de nuevo junto a la mesa, donde Marta terminaba de leer los documentos que Ofhir les había dejado antes de marcharse. Lara y Luis también se hallaban expectantes. Unicamente Obono parecía alejado de! problema de los demás.

—Una vez que estampemos nuestras firmas, la compañía de navegación que formamos para hacer este viaje pasará a manos de un nuevo propietario, cuyo nombre sigue en blanco —dijo Marta dejando los papeles sobre la mesa—. Y los Téllez renuncian a cualquier derecho al planeta.

Groot movió la cabeza.

—Hay algo que no comprendo —dijo—. Ofhir tiene que conocer el contenido del protocolo que formalicé en la Subsede del Gobierno en París para legalizar la existencia de la compañía, Si no, ¿cómo sabe él que con sólo nuestras cuatro firmas, incluso sin la de Alan, podemos transferir la propiedad del *Dorgues* a un tercero?

—Es cierto, comandante —dijo Marta—. No había pensado en eso. Nuestros misteriosos enemigos deben tener buenos espías en el Gobierno, de lo cual ya presentía algo. Pero de todas formas no se manifiestan abiertamente.

—¿No? Pues yo creo que sí —ironizó Luis abarcando con las manos la estancia, indicando que ellos estaban encerrados.

—Pero tienen miedo. El Gobierno de la Tierra no puede ampararles por mucho tiempo, lo cual saben y están desesperados.

—Entonces piensas que es el Gobierno de la Tierra el interesado en que la esclavitud continúa existiendo en Widael...

—Empiezo a estar segura.

Lara preguntó nerviosa a Marta:

—¿Qué pasará si firmamos estos documentos? ¿Crees que Ofhir

cumplirá con su palabra y nos dejará libres?

Groot miró hacia otro lado, Luis la estrechó y Marta se mordió los labios. Desde un extremo de la estancia, Obono dijo con acritud: —A Ofhir no le queda otra alternativa que matarnos a todos. Su juego está claro. Ha matado al director y lo preparará todo para que la Galaxia entera piense que hemos sido nosotros.

Marta se levantó airada.

—No, no. Ofhir no tiene claro el futuro. Su comportamiento no soportará una profunda investigación del Consejo. Incluso la Tierra, a través de su Gobierno, no podrá ocultar el hecho. También investigará y tendrá que dar explicaciones.

—Eso es Io que me extraña de este asunto —dijo Obono—. Ofhir nunca me ha tenido mucha simpatía, pero no puedo concebir que sea un asesino. Lo que ha ocurrido le convertirá, sin duda, en un hombre perseguido por la ley, sea del Consejo o terrestre. Aunque actúa con tanta frialdad, su comportamiento es de locura.

—¿Por qué nos ha traído a sus instalaciones mineras, señor Obono? —preguntó Luis Téllez.

El hombre moreno se encogió de hombros.

—No lo sé. Al recibir la orden de cerrarla envié a mis ayudantes humanos a la ciudad. Es posible que al saber que no había nadie la haya elegido como refugio temporal.

—Cuando llegamos vimos luces en los cobertizos.

—Son los esclavos —respondió Obono a la pregunta de Groot—. Supongo que todavía estarán aquí todos. Lo lamento por ellos. El nuevo propietario no será tan indulgente.

Marta agitó nerviosamente los documentos.

-—Tenemos que decidir qué haremos con la amenaza de Ofhir. Dice que sólo obtendremos la libertad si firmamos,

—Eso es una mentira —afirmó Luis—. Apenas firmemos, como ya hemos discutido, nos matará a todos.

Groot paseó por la estancia.

—Nos ha dado de tiempo hasta mañana para decidirnos —dijo—. A pesar de todo se saldrá con la suya y...

— ¡A mí no me obligará a firmar! —gritó Luis.

—Serénate —le conminó Obono—. Yo estoy con Groot. Actualmente se disponen de muchos medios para dominar la voluntad de una persona. La cuestión es saber si Ofhir dispone de ellos aquí o tendrá que mandar a buscarlos a la ciudad.

—Neguémonos y lo sabremos —dijo Groot—. Ganaremos tiempo. Y no olvidemos que Blase sigue en el *Dorgues.*

—¿Qué puede hacer Blase? Ignora lo que nos sucede.

—No lo sé. Pero es nuestra única esperanza porque Alan... —Groot se interrumpió al cruzarse su mirada con la de Marta.

—Alan escapó. Afortunadamente para él marchó al lavabo antes que Ofhir entrase. Debió escucharlo todo y se puso a salvo. También podemos confiar en él. En estos momentos puede estar contándoselo todo a Blase.

Obono se mordió los labios. Pensó que aquella gente conocía poco él planeta. Tenía la firme convicción que Hannon no avanzaría más de un kilómetro a través de la nieve en su intento de volver a la ciudad. Pero no tuvo fuerzas para decirlo.

*

Alan despertó.

En seguida supo que varios nativos rodeaban el lecho de pieles donde yacía. El silencio era sepulcral y sólo escuchó el crepitar de un fuego a sus pies.

El widaelita que estaba próximo a él emitió un gorgeo y dijo:

—Bebe esto, humano; te sentirás mejor.

Le aproximó un tazón de barro con un humeante líquido. Alan bebió. Era una especie de caldo muy concentrado. Unicamente percibió que le faltaba un poco de sal para ser totalmente agradable a su paladar.

—¿Tú eres Nueve? —preguntó mirando al nativo que le había dado de beber.

—Sí. Los demás son jefes de mi familia y de otras emparentadas con la mía. Todos no alegramos que estés bien. Fui un estúpido, humano. Debes perdonarme.

—¿Por qué? —preguntó Alan sentándose sobre las finas pieles. A pesar del fuego que ardía en la estancia notaba un ligero frío. Se arropó fuertemente. Le habían quitado su abrigo calefactor.

—El viaje hasta aquí ha sido demasiado duro para ti. Has necesitado muchas horas para reponerte.

—¿Dónde estamos?

—En mi aldea.

El terrestre miró a los demás nativos. Aunque todos se parecían a Nueve, notó que algunos tenían indicios en sus rostros de una vejez pronunciada. Pero en ninguno existía el menor indicio de hostilidad.

—Tengo que volver a la ciudad.

—Está muy lejos —respondió Nueve.

—Pero existirá algún sitio cercano donde vivan humanos...

—Muy próximos. Pero no te' aconsejo que acudas a ellos en demanda de ayuda.

—No entiendo...

—Son los mismos que asesinaron al señor Cardona y raptaron a tus amigos.

Alan se incorporó de un salto. Por un momento sintió un vahído, pero se repuso. Los nativos permanecieron sentados.

—¿Dónde están? ¿Siguen vivos?

—Ofhir los mantiene encerrados en las instalaciones que hasta hace unos días fue propiedad del señor Obono. Si el día está despejado puedes verlas desde el borde.

Al inquirir Alan a qué borde se refería, Nueve contestó que su aldea y la de otras familias estaban levantadas en las montañas, casi al borde de un profundo abismo. A unos cinco kilómetros estaban las minas de Obono.

Alan descubrió un leve gesto de Nueve a los demás nativos, quienes empezaron a levantarse y marcharse de la estancia. Algunos desearon en un burdo idioma terrestre a Alan que deseaban terminase de recuperarse cuanto antes. El más anciano fue el último en retirarse y le aseguró que podía ser su huésped todo el tiempo que quisiera.

—Piensa que hasta que no llegue la primavera no podrás salir de aquí —explicó Nueve cuando se hubieron quedado solos.

Alan meneó la cabeza, como queriendo alejar de su mente una pesada idea.

—De ninguna manera. No puedo esperar. La única alternativa que tengo es ir a las instalaciones de Obono y salvar a mis compañeros.

—Hay muchos hombres armados. Tal vez ocho o nueve, además de Ofhir.

—¿Cómo lo has averiguado?

—Estuve allí mientras tú descansabas.

Alan asintió.

—Entiendo. Los humanos apenas pueden distinguir un nativo de otro. Te resultó fácil mezclarte con tus compatriotas y espiar. ¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

—Medio día, según vuestro cómputo del tiempo.

—¿Seguro que mis amigos están vivos? —preguntó Alan tembloroso, pensando en Marta principalmente.

—Por el momento, sí. Pero mis amigos me han dicho, los que atienden a los humanos, que Ofhir les ha dado un pequeño plazo para que firmen unos documentos. Creo que el plazo expira dentro de pocas horas.

El terrestre palideció.

—Tengo que bajar a las instalaciones, amigo mío —dijo—. Allí tiene que haber algún comunicador. Es preciso que contacte con Blase en el astropuerto.

Nueve se levantó y tomó de una silla el abrigo de Alan.

—Será arriesgado, pero te comprendo. Yo te acompañaré.

—No es preciso. No quiero que vengas.

—Sin mí no hallarías el sendero de bajada.

Alan tomó el abrigo y miró fijamente a los ojos de Nueve.

—¿Por qué me ayudas? Estoy sorprendido. Nadie de los que estaban aquí parecía odiarme. Y motivos no os falta para odiar a los humanos.

—No odiamos a nadie. Aunque los humanos nos esclavicen, nunca ha muerto ninguno de los míos en vuestras manos. No damos motivos para que lo hagan. Algunas veces nos pegan, pero nada más. Se cansan pronto.

—Sin embargo...

—Además, en estas tierras fue donde descendió la nave con los primeros humanos que llegaron a Widael. Ellos fueron amables, nuestros amigos.

—¿Te refieres a los Téllez?

—Sí, así se llamaban.

—Su hijo Luis Téllez está entre mis amigos que Ofhir tiene prisioneros.

—Lo sé también. Por eso mis jefes te acogieron con cariño. Los Téllez nos prometieron que con la llegada de más humanos nuestras vidas mejorarían. Estaban muy contentos cuando se marcharon. Llevaban unas muestras de minerales en la que confiaban mucho. Aseguraron que nuestro planeta iba a ser muy importante para la galaxia.

—Luego las cosas no fueron como os prometieron. Entonces, ¿no pensasteis que los Téllez os engañaron?

—Ellos nos abrieron sus mentes y nosotros supimos que eran sinceros.

— ¡Leéis las mentes! —exclamó Alan.

—No, no. Sólo cuando nos es permitido. Yo no puedo saber lo que piensas.

Alan se sentó pesadamente en una silla, con el abrigo entre las manos. Estaba anonadado. Cientos de ideas y conjeturas bailaban en su cabeza. Pensó que iba a necesitar tiempo para ordenarlas.

—¿Cómo empezó la esclavitud? —preguntó, reponiéndose.

—Llegaron más humanos, todos en nombre de los Téllez. Alguien les dirigía y les decía lo que tenían que hacer. Sólo querían mineral. Lo extraen todo, amalgamado y así se lo llevan en sus grandes transportes. Eso no lo entendemos. Los Téllez sí sabían cuál era el mineral que ellos pensaban iban a ser de tanta utilidad a la galaxia.

»Como el trabajo de las minas era duro nos usaron a nosotros para extraer el mineral. Los humanos no pueden soportar el frío que reina en estas tierras. Sólo están en los yacimientos el menor número de ellos, por lo que levantaron las ciudades en la franja central del planeta. Luego construyeron las instalaciones herméticas cerca de las minas para proseguir con los trabajos en el invierno. Cuando el frío

desciende se limitan a dirigir desde allí los trabajos.

—Pero aún no entiendo cómo llegó esta situación, a convertir en esclavo a todo un pueblo como el tuyo.

—Es posible que nosotros les diéramos facilidades al principio. Luego no pudimos evitarlo. Pero hemos intentado sobrellevar las cosas. Ellos se acercan a nuestras aldeas y se llevan los trabajadores que necesitan. No se molestan en tenerlos muchos años, por lo que nosotros nos encargamos, sin que lo noten, en efectuar los relevos. Yo he estado varias veces en las minas y otras de criado o cargador en el astropuerto. Cuando me canso llamo a un compatriota y éste ocupa mi puesto.

—De todas formas es una situación insostenible. ¿No habéis encontrado una forma de liberaros?

Nueve movió sus finos labios para dibujar una de sus parcas sonrisas.

—Hemos podido hacerlo siempre. Pero esperamos.

Alan sintió un escalofrío profundo, más intenso en frialdad que el gélido ambiente suponía existía al otro lado de la puerta.

—¿Qué esperáis?

—Los Téllez no tuvieron tiempo de decírnoslo. Entonces tenemos nosotros que averiguar cuál es el metal, entre los muchos que se llevan, el que interesa a los humanos.

Abandonaron la aldea al mediodía, cuando el sol, la estrella Shaula, se encontraba en el cénit. Apenas habían caminado doscientos metros en dirección al borde cuando Alan se volvió y ya no encontró el menor rastro de las viviendas nativas.

—Desde esta distancia no pueden apreciarse —le explicó Nueve—. Cuando queremos podemos escondernos de los humanos. Existen otras aldeas que los equipos de leva de esclavos conocen, y que otros mantenemos para apartarlos de nuestras residencias más pobladas.

Alan sabía que las sencillas casas de los, nativos estaban cubiertas de nieve exteriormente, pero nunca pudo suponer que el camuflaje fuese tan perfecto a la distancia en que se hallaban.

Mientras seguía a Nueve, que le indicaba el camino, Alan continuaba preguntándose si realmente aquella raza era esclava o dominadora.

Pronto comprobó que sin ayuda de Nueve le hubiera resultado imposible bajar de la altiplanicie a la llanura. El nativo le condujo por unos estrechos senderos. A veces se encontraron con los extraños animales que habían usado horas antes en cubrir la segunda parte del viaje. Ante su paso, las bestias apenas alzaban las cortas cabezas del suelo y seguían en su trabajo de encontrar pasto bajo la capa de nieve.

Cuando lograron superar las dificultades del borde, Alan descubrió

las instalaciones de la mina. Algunas docenas de cobertizos estaban desparramados en la llanura. La entrada a la mina se distinguía perfectamente. Más allá, a medio kilómetro, estaba la pista de aterrizaje. Sobre ella sólo había un gran transporte y varios vehículos. Una construcción de hormigón armado, gris y fea, se levantaba solitaria.

—Allí están encerrados tus amigos —dijo Nueve—. Es la residencia de los humanos.

Alan asintió.

—¿Tienen centinelas?

Nueve emitió su sonido equivalente a la risa.

—Claro que no. Se helarían. Sólo de vez en cuando salen dos o tres humanos y efectúan un reconocimiento.

Mientras se acercaban a las instalaciones Alan localizó la antena larga y movible. Se alzaba sobre el techo de una media esfera situada junto a la residencia de cemento.

Resueltamente, se dirigió hacia allí.

CAPITULO VIII

Alan cruzó la llanura. Era consciente del peligro que corría si era observado desde la casa de cemento o una de las esporádicas patrullas le descubría. Avanzó todo lo agachado que pudo, confiando que su abrigo claro se confundiría con la nieve. Sabía que Nueve le seguía a dos o tres metros. Aunque le había pedido que podía volver a la aldea, el nativo insistió en acompañarle.

Llegaron a la media esfera. La entrada estaba cerrada, pero al pasar Alan su mano sobre el picaporte, la abrió. Detrás había otra puerta, lo que le pareció normal si querían que el cálido interior no sufriese la invasión del frío exterior.

Nueve estaba pegado a sus talones cuando abrió la segunda puerta. Se cruzaron con dos nativos que barrían el suelo. Apenas miraron, a Alan, pero cruzaron unos sonidos con Nueve. Luego siguieron barriendo. En la siguiente estancia, Alan vio al operador. Estaba dormitando junto a los comunicadores. El cubo visor estaba apagado y el terrestre lo observó ansiosamente.

Alan sabía que no podía andarse con contemplaciones. El operador había estado bebiendo y tenía sobre una mesa una botella de coñac medio llena. La tomó y dirigió con ella un golpe sobre la cabeza del operador.

Pero el hombre se movió en el preciso instante y la botella sólo le rozó la cabeza, recibiendo el golpe en el hombro.

De todas formas el operador había sufrido un golpe doloroso, y esto sumado a que tenía unas copas de más no le convirtió en difícil contrincante para Alan.

Después de golpearle furiosamente, consiguió que cayese inconsciente al suelo. Alan jadeó y lo apartó de un puntapié del comunicador. De soslayo observó que Nueve había presenciado la corta lucha en silencio. Un nativo entró en la habitación, recogió unas cajas vacías y se retiró. Luego apareció el otro y empezó a barrer.

Alan soltó una imprecación y decidió ignorarlos. Se sentó ante los mandos. Entonces maldijo no conocer profundamente los modernos medios de comunicación. Aunque básicamente no eran muy distintos a los que existieron en su época, las modificaciones introducidas iban a hacerle perder un tiempo precioso.

Recordó el código que debía emplear para establecer contacto con el *Dorgues.* Cuando lo hubo obtenido rogó intensamente para que Blase estuviese allí. Si la nave estaba desierta... No conocía ninguna otra forma de pedir ayuda. ¿Cómo iba a saber la forma de llamar a la policía local o a la autoridad competente?

Estaba a punto de efectuar la primera llamada cuando escuchó pasos a su espalda. Se estaba volviendo para mirar y ya una voz le decía: —No intente nada si no quiere que le achicharre. Levántese muy despacio y ponga sus manos bien altas.

Lo hizo y vio que quien le hablaba sostenía una pistola y estaba vestido con gruesas ropas. El rostro quedaba oculto bajo una máscara de protección contra el frío y unas gafas. Entró otro hombre que se arrodilló junto al caído.

—Está vivo —dijo después de reconocerle—. Esto le ha salvado por el momento, amigo. ¿Quién es usted?

El que apuntaba a Alan dijo, impaciente:

—Eso sólo le importa a Ofhir. Llevémosle a la casa y él decidirá.

El segundo hombre ayudó a incorporarse al caído. Le puso el abrigo como pudo y lo sacó al exterior, diciendo al que vigilaba a Alan: —Está grogui; pero lo reanimaré en seguida. Vámonos ya.

—Camine delante de mí, amigo —dijo el hombre de la pistola a Alan.

Alan pasó junto al nativo que barría. Buscó a Nueve con la mirada. Estaba en un rincón de la habitación y parecía muy entusiasmado ordenando los cacharros de una pequeña cocina. No se volvió para ver cómo era conducido fuera.

Apenas se había cerrado la puerta detrás de Alan cuando Marta ya estaba echada entre sus brazos. Los demás se le acercaron y Groot fruñó impaciente: —Dejaos de carantoñas, ¿no? Alan, muchacho, ¿dónde te habías metido y cómo has llegado hasta aquí?

Besó una vez más a la muchacha y se desprendió del abrigo. Allí hacía demasiado calor para llevarlo puesto. Ya los hombres de Ofhir le habían registrado concienzudamente. Alan contó rápidamente lo que le había sucedido desde que les dejó en la biblioteca.

—Desgraciadamente no tuve tiempo de comunicarme con Blase —terminó diciendo.

—Has visto a Ofhir, supongo —le dijo Luis señalando el moretón en la mejilla izquierda de Alan.

—No, éste es un recuerdo de ese gorila que me sorprendió. Ofhir pasó como un rayo por mi lado y me gritó que más tarde me atenderá. Parece que están esperando a un personaje que llegará dentro de poco en una nave desde la ciudad. ¿Habéis firmado?

La pregunta de Alan dejó asombrados a sus amigos.

—No te lo hemos dicho... ¿Cómo sabes lo de los documentos? —inquirió Marta señalándolos. Seguían sobre la mesa.

—Nueve, aunque su nombre nativo es Zditmer, me lo dijo. Tiene buenos contactos aquí.

—Lo que nos has contado respecto a los nativos es asombroso —comentó Groot.

Obono asintió.

—Cierto. Yo llevo con ellos muchos años. Aunque siempre pensé que son inteligentes nunca hubiera imaginado que lo fueran hasta la extremo de estar prácticamente burlándose de nosotros. No sólo se marchan cuando lo desean y otros ocupan su lugar en el trabajo, sino que también están intentando averiguar qué mineral es el que el consorcio terrestre le interesa.

Alan le miró ceñudamente.

—Usted debería saberlo, señor Obono. Esta es su mina, ¿no? ¿Es que nunca se hizo preguntas?

Obono se rascó la barbilla, pensativo.

—No sé. Déjeme pensar. Hace tiempo me llegaron rumores. Los compradores empezaron a ponerse nerviosos. El mineral procedente de ciertos yacimientos no les satisfacía, al parecer. Había un elemento que no encontraban. Recuerdo que me visitaron algunos tipos de la Tierra. Sólo uno de ellos me resultó familiar, y era precisamente quien más preocupado parecía. Hicieron análisis del mineral que tenía dispuesto para el embarque. Al parecer el elemento sí estaba entre lo que salía de mi mina, lo cual los tranquilizó un poco, pero no les quitó totalmente la preocupación. Luego me enteré que las demás minas volvieron a producir la amalgama acostumbrada y la crisis pasó.

»Pero a partir de entonces yo hice periódicos análisis de todos los envíos, y averigüé que cada cierto tiempo una clase de mineral faltaba. No es que disminuya su proporción, sino que faltaba totalmente.

—Pero entre los componentes usuales puede existir algún tipo de mineral que no sea conocido en la galaxia, ¿no? —preguntó Alan.

—Más de uno; pero por ser raros el estudio que hice durante un tiempo no me resultó todo lo revelador que me hubiera gustado.

—¿Adonde tratas de ir parar, Alan? —preguntó Marta.

Hannon no respondió. La puerta de acero comenzó a abrirse y todos callaron. Un hombre se hizo a un lado y los vigiló mientras un nativo entraba con una bandeja llena de emparedados y varias botellas de agua.

El widaelita se aproximó a la mesa, caminando muy despacio como si temiera que la bandeja que se escapase de sus manos. Alan supo en seguida que era Nueve, y al mismo tiempo actuó. Con disimulo le propinó un codazo y un par de botellas de agua cayeron al suelo. El hombre que vigilaba desde la puerta soltó una maldición.

—Maldito humanoide. Te daría de palos… Tienes que recoger todo eso cuanto antes. Volveré a por ti. —Y cerró violentamente la puerta.

Nueve sonrió a Alan cuando escucharon echar en la puerta el cierre magnético.

—Interpretaste bien mi deseo, amigo Alan. Era la única forma de quedarnos a solas.

—Amigos, les presento a mi camarada Nueve, Zditmer para los suyos.

Nueve hizo unas someras inclinaciones de cabeza, dejó la comida sobre la mesa y recogió un trapo de un rincón: Mientras secaba el suelo, dijo: —No podemos perder el tiempo. Amigo Alan, he podido alertar a Blase, pero mis explicaciones no pudieron ser muy extensas porque un hombre regresó pronto. Me trajo aquí para traeros comida. Ha llegado una nave procedente de la ciudad, con un humano a bordo que ha puesto nervioso a Ofhir y otro humano de tez oscura, llamado Ben-Gora, creo.

Alan se agachó y tomó a su amigo widaelita por los delicados hombros.

—Tienes que decirme si los tuyos tienen algo que ver con las misteriosas y periódicas desapariciones de algún tipo de mineral en las extracciones.

Nueve .miró sorprendido a Alan después de incorporarse.

—¿Es eso importante ahora? —preguntó.

—Sí, mucho. Nuestros enemigos, me temo, están tan desesperados que van a mostrarnos su jugada. Si no la sabemos por anticipado no vamos a poder hacer nada.

—Está bien. Vigilamos la reacción de los humanos. En todas las minas fuimos apartando cada cierto tiempo algún tipo de mineral. Cuando estuvieron aquí y comprobaron que el que quieren no faltaba, supimos cuál era, pero no pudimos hallarle una aplicación lógica para la tecnología terrestre...

—¿Qué sabéis vosotros de la tecnología terrestre? —le interrumpió Groot abruptamente.

—Déjele, comandante —dijo furioso Alan, molesto por la intervención de Groot—. Sigue, Nueve.

—De todas formas fuimos disminuyendo la composición de ese mineral y de dos o tres más, para no despertar excesivas sospechas, en todos los cargamentos de los demás yacimientos, excepto en éste.

—¿Por qué no en mis minas? —preguntó Obono.

—Tú siempre nos consideraste como seres inteligentes. Pero aún desconocíamos muchas cosas. Por ejemplo, que no fueras el verdadero dueño de las instalaciones, sino un concesionario.

—Por eso anularon mi contrato —musitó Obono—. Pero Ofhir nunca hubiera hecho tal cosa...

Tan enfrascados estaban en lo que decía el nativo que no se habían apercibido de la entrada de varios hombres en la estancia. Ofhir estaba al frente de ellos, todos armados.

—Intentamos que lo hiciera el mismo Ofhir, pero no consintió en

ello —habló Ofhir, pero mientras lo hacía se fue desprendiendo de la máscara con la que suplantaba al Delegado del Consejo—. Hace tres días tomé su puesto y pensé que iba a poderlo solucionar todo, incluso la molesta presencia de los herederos de Téllez.

Obono avanzó dos pasos hacia el que hasta entonces había sido Ofhir. Uno de los hombres le contuvo adelantando su arma, diciendo:

—Quieto ahí.

—Le recuerdo —dijo Obono—. Usted estuvo entre los hombres que inspeccionaron mis cargamentos.

—Realmente es Max Mayer, uno de los principales ejecutivos de la compañía que actualmente construye los modernizados CCET —dijo Marta.

—La señorita Labet posee una gran memoria —asintió Max, indudablemente alagado por haber sido reconocido—. En cierta ocasión, aunque veladamente, intenté persuadirla para que abandonase todo su romántico trabajo en pro de liberar a los esclavos de Widael.

—Me ofreció un tentador puesto en su compañía —asintió Marta —. Me pareció demasiado bueno, pero yo le dije que lo aceptaría cuando terminase un asunto que llevaba desde hacía tiempo pendiente.

—Y le respondí que para más adelante sería ya inútil mi oferta. Comprobará que no me equivoqué. Es obvio que mi oferta no sigue en pie. Fue una tonta. Si hubiera aceptado ahora no estaría a punto de morir, ni sus compañeros tampoco.

Marta se encogió de hombros.

—Mala suerte —dijo.

Max Mayer volvió su mirada, ahora inquieta, hacia el nativo.

—He podido escuchar parte de su interesante conversación con este sorprendente nativo, señores. Admito que estoy un poco desconcertado. Hoy va a ser un gran día para mi compañía. El señor TD se alegrará de haber hecho tan largo viaje para escuchar semejante historia —señaló con el dedo a Alan, Marta y Nueve—. Ustedes vendrán conmigo y los demás esperarán aquí.

—¿El pelotón de fusilamiento? —preguntó Groot con sorna.

—Acierto pleno, desgraciadamente para ustedes —dijo Max, riendo, antes de marcharse añadió—: Les aconsejo que para cuando regrese tengan firmados los documentos. Estoy perdiendo la paciencia.

—¿Qué ganaríamos accediendo? —preguntó Luis.

—Sufrimientos. ¿Les parece poco? El señor TD ha traído con él unos aparatos capaces de doblegar la más sólida voluntad. Y también contamos con drogas. A cambio de sus firmas les ofrecemos una muerte dulce.

La puerta se cerró sonoramente detrás de Max, que fue el último en salir.

Por el pasillo, mientras sus hombres empujaban a Alan, Marta y Nueve, siguió diciendo:

—En confianza, repudio tener que matar a personas que en cierto modo son mis antepasados, pero no tenemos otro remedio. En cambio, para ustedes, aún hay una esperanza.

—¿Quiere decir que nos ofrece la vida? —preguntó Marta enarcando una ceja desconfiadamente.

—Y es posible que también la libertad.

—¿A qué viene este cambio? —inquirió Alan.

—Tengan paciencia. El señor TD puede hacerles una interesante oferta si colaboran en algo más que estampar sus firmas —Max miró al nativo significativamente—. La intervención de este sujeto está abriendo nuevas perspectivas al asunto.

Después de cruzar varios pasillos, se detuvieron ante una puerta cerrada. Antes de empujarla, Max advirtió en tono amistoso: —En los informes que exigíamos a Ben-Gora de ustedes advertimos que ustedes dos han intimado hasta el punto de estar muy enamorados mutuamente. Sería una lástima que murieran ahora, ¿no? Piénselo antes de contestar precipitadamente al señor TD.

Abrió la puerta y los introdujo en un despacho. Sólo dos hombres entraron también, apostándose junto a la puerta. Los demás se marcharon. En la habitación había una mesa de metal. Detrás estaba sentado un hombre, que Marta reconoció inmediatamente pese a la escasa luz que caía sobre su rostro.

Max se aproximó al hombre y se agachó para susurrarle al oído.

Marta se aferró al brazo de Alan y éste notó el temblor de la muchacha.

—¿Qué pasa? ¿Es que también le reconoces? —preguntó inquieto.

Entonces el hombre se levantó y dio la vuelta a la mesa. Era bajo de estatura, de pelo canoso y muy delgado. Al lado de Max parecía ridículamente pequeño. Pero su mirada era fría y dura.

—Efectivamente, la señorita sabe quién soy. ¿Por qué no me presenta a su compañero? El no puede saber quién soy.

—Es el secretario de transportes, y vicepresidente del Gobierno también —dijo Marta.

—Así es, señor Hannon --asintió el hombre—. Pero mi nombre es Gustav Hammer. Mis colaboradores me conocen por TD, Me refiero a aquellos que me sirven y no son de mi total confianza. Por ejemplo, Ben -Gora.

Alan se encogió de hombros.

—Había creído que empezaba a entender todo este asunto, pero otra vez estoy confuso.

—Yo le aclararé algunos puntos. Max Mayer me ha contado unas cosas interesantes —miró al nativo—. Pero de eso hablaremos más tarde. Ahora tengo que explicarle que además de mi elevado cargo político soy realmente el dueño de la compañía que construye el dispositivo CCET. Me refiero al dispositivo renovado, que nunca ha causado el menor problema, —Respecto a este punto he deducido algo, señor Hammer —dijo Alan—. El antiguo CCET tuvo fallos porque no existía un material capaz de resistir el flujo espacio-temporal. A partir de cierto número de años luz se avería y la nave quedaba sujeta a los efectos de la relatividad.

—Exacto. Por lo tanto, la conquista de la galaxia resultaba un problema sin el CCET. ¿Quién quería viajar a las estrellas durante unos dos o tres años y regresar a su punto de partida un siglo más tarde? Cuando comenzaron a perderse algunas naves, que más tarde regresarían, la compañía original CCET quebró a causa de las presiones de los perjudicados. Las demandas se les amontonaban. Yo era, muy joven cuando conocí a los Téllez, que regresaron de un viaje lejano. Traían unas muestras de minerales que afirmaban eran excelentes para la fabricación de los componentes más delicados del dispositivo CCET. Ellos ya conocían los problemas que existían. Afortunadamente su vieja nave, con el antiguo dispositivo, no les falló. En realidad no lo hacía siempre, pero sí en un treinta por ciento de las veces.

»Mi padre y yo les compramos los derechos sobre todos los minerales que se exportaran de Widael. Les pagamos una fortuna, que creo se gastaron en intentar descubrir el paradero de su hijo Luis. Para mantenerlos alejados de Widael les dejábamos pistas falsas en toda la galaxia. Murieron unos años más tarde, cansados de viajar inútilmente, sin saber que su hijo regresaba a la Tierra a través de la dilatación del tiempo. Paradójicamente, la nave en que viajaba había sufrido una avería en su CCET.

»Para no despertar sospechas formamos una corporación que adquiría el mineral a los concesionarios del Consejo Galáctico, convertido en albacea del mundo propiedad de los Téllez. No nos importaba pagar fuertes sumas por el mineral, que en su mayor parte no nos servía para nada; pero que contenía en un uno por mil, el preciado elemento con el cual ya fabricábamos los dispositivos CCET. Adquirir la arruinada compañía fue una operación fácil. Y recibimos todo el apoyo del Gobierno terrestre. Aunque el problema de la energía se había solucionado, era preciso descargar el exceso de población y esto sólo era posible contando con los medios de navegación eficaces que proporcionaban nuestros CCET, a toda prueba de avería.

—Siempre sospeché que el Gobierno de la Tierra estaba detrás de

todo esto, que era el más interesado en que Widael siguiera siendo un planeta con una población de esclavos —dijo Marta despectivamente.

Gustav Hammer la miró.

—Se equivoca en parte, señorita. Mi padre tenía una inmensa fortuna, con la que le costó poco acceder a un puesto en el Gobierno. Desde allí, repartiendo grandes sumas, siempre impidió que Widael dejase de ser un planeta propiedad de unos difuntos, que durante muchos años tenían que esperar a los presuntos herederos. Claro que no pudo él impedir, ni luego yo más tarde, que el Consejo Galáctico lo administrase, pero sin poder modificar su situación legalmente.

—Al parecer usted también se ha sentido atraído por la política —comentó Hannon.

—Es el paso al poder total, joven —Gustav rió sonoramente—. Me resulta divertido llamarle joven, siendo mucho más viejo que yo. Pero ¿es que no comprenden que siendo el dueño de la compañía CCET puedo dominar la galaxia? Nadie sabe que yo la controlo, pero en unos días puedo dejar inmovilizada a toda la galaxia, precipitarla al caos. Estoy a punto de asumir la presidencia de la Tierra y sus vastos dominios. Desde allí anularé el Consejo Galáctico, que se me enfrenta.

—Unos proyectos muy ambiciosos —asintió Alan, expresando una desmesurada admiración.

—Mi padre no llegó a vivir para ver culminado su proyecto, pero yo sí. Y ahora entran ustedes. Al parecer tendré que dejarles vivir.

—¿Por qué?

—El derecho a la herencia de los Téllez expira, según la ley del Consejo Galáctico, dentro de tres meses.

—Lo sé —dijo Marta.

—Es lógico. Por lo tanto, necesito los derechos sobre Widael.

—¿Por qué le preocupa eso? Una vez que sea dueño de la galaxia le importarán un comino las leyes. Podrá dictarlas a su gusto.

—No tan aprisa. Aún necesitaré unos años para atar cabos. Y en ese tiempo pueden hacerme mucho daño. Por ejemplo, al dejar de ser Widael un mundo propiedad de una persona, muchas cosas se descubrirán. Se sabrá que aquí existe el raro mineral con el cual los dispositivos CCET que fabrica mi compañía son únicos. Cualquiera podría fabricarlos.

—Y usted no tendría ningún poder conminatorio para dominar la galaxia.

—Exacto. Necesito representantes legales de la propiedad. ¿Por qué no ustedes?

—Eso es. Díganos por qué nos elige a nosotros y no a Luis y su esposa, los legítimos herederos —preguntó Alan.

—Porque usted conoce a los nativos. Increíblemente los conoce mejor que nadie en tan poco tiempo. Ellos tienen un plan y preciso de

usted para saber cuál es. No quiero sorpresas desagradables.

—Podríamos aceptar si usted prometiera respetar las vidas de nuestros compañeros —dijo Alan.

—Eso sería difícil, amigos. Podría estudiarse. Ustedes quedarían libres, pero no puedo fiarme de tanta gente. Durante unos años, el tiempo que yo necesite para alzarme con el poder, ellos tendrían que permanecer confinados.

—Lo comprendo; siempre es mejor eso que morir.

Marta se colocó delante de Alan.

—No puedes confiar en ellos. No respetan nada. Gustav Hammer tiene fama de político duro, feroz. Ha eliminado a muchos competidores, aunque nunca se le ha podido probar nada.

Alan tomó a la muchacha por los hombros.

—Querida Marta, no tenemos otra alternativa.

—Su novio tiene razón, señorita Labet. Sea inteligente por alguna vez —dijo Gustav volviéndose a sentar detrás de la mesa.

Ella apareció repentinamente agotada.

—Está bien. Haz lo que quieras —dijo.

—Magnífico —exclamó Gustav—. Ahora lo primero es que este nativo, llamado Nueve, nos explique qué sabe realmente su pueblo y qué pretende.

Uno de los hombres empujó a Nueve, hasta acercarlo a la mesa. Impasible, el nativo dijo:

—No tengo nada que decir. No estoy autorizado.

El hombre golpeó fuertemente en el rostro al nativo, que cayó al suelo como un pelele.

—Deje a Zditmer —gritó Alan, asestando un puñetazo en el vientre al matón.

Cuando el otro guardián levantó su arma, Gustav demandó calma.

—No nos pongamos nerviosos —miró a Alan—. Si a usted le desagrada que sufra su amigo convénzale para que no se haga el héroe.

En aquel momento se abrió la puerta y Ben-Gora dijo con voz trémula:

—Señor TD, una nave está sobrevolando las instalaciones.

Gustav palideció y Max Mayer agarró a Ben-Gora, zarandeándolo.

—No digas tonterías. Aunque el humanoide pudiera manejar el comunicador, la única nave que puede haber llegado es el *Dorgues* y estaba en el astropuerto. No ha podido llegar en tan poco tiempo.

—¡Pues es el *Dorgues* y ha enviado un mensaje anunciando que lo volará todo!

Nueve se levantó lentamente y dijo muy tranquilo:

—La nave de mis amigos ya estaba en el aire cuando avisé al oficia! Blase, no muy lejos de aquí.

Súbitamente el suelo tembló y llegó hasta ellos el estruendo de una explosión.

CAPITULO IX

—¿Qué armamento tiene esa nave? —preguntó Max a Alan.

—Torpedos. Son antiguos, pero eficaces —sonrió Hannon.

—Salgamos —dijo Gustav—. Tenemos que destruirla. Vigilad a los prisioneros.

Hammer salió seguido de Max y Ben-Gora. Alan preguntó a Nueve:

—¿Estás bien? —y le guiñó un ojo.

El humanoide se dobló sobre la cintura y Alan le agarró antes que cayese.

—¿Qué le pasa a ese bicho? —preguntó el guardián acercándose.

Alan aprovechó que el hombre había bajado el arma, soltó a Nueve y le lanzó un directo a la mandíbula. Antes que se derrumbase terminó de dejarle inconsciente con dos nuevos golpes. Tomó el arma y gritó a Marta: —Saquemos a nuestros amigos de aquí.

Salieron al pasillo. Después de orientarse corrieron por él, sin tomar ninguna clase de precaución. Nueve iba el último y gritó avisándole cuando por una esquina apareció un sicario de Max Mayer.

Alan no vaciló un segundo. Disparó y el hombre saltó hacia atrás con un enorme agujero, en el pecho. Saltaron sobre él y siguieron corriendo después que Marta cogiera la pistola.

Vieron a otro grupo correr delante de ellos, pero al parecer se dirigían a la salida y no les descubrieron. Ante la entrada de la habitación que servía de celda a sus amigos casi no pudieron creer que no había nadie vigilándola.

Alan solucionó el problema de la cerradura disparando un par de veces, después de advertir a los del otro lado que se apartaran.

Una patada terminó de abrir la puerta. Gritó que salieran y advirtió:

—Tengan cuidado. Hay un lío tremendo. Blase está arriba lanzando torpedos desde el *Dorgues.*

—Demonios, Supongo que ese muchacho sabrá lo que está haciendo —exclamó Groot—. ¿Existe peligro de que le derriben?

—Al parecer disponen de cañones láser.

—Pues Blase no podrá maniobrar el *Dorgues* con eficacia por mucho tiempo se está solo.

El interior de la edificación parecía haberse quedado desierto repentinamente. En el vestíbulo tomaron ropas de abrigo, cruzaron el túnel y salieron al exterior.

Alan pidió a Luis que protegiese a las mujeres en el interior. Acompañado por Groot y Nueve avanzaron unos metros. Miraron lo que estaba sucediendo.

Muy alta y pesadamente, volaba el *Dorgues.* Era una nave para el espacio y actuaba torpemente en la atmósfera. Una espesa columna de humo negro se alzaba hacia el cielo. Blase había disparado lejos de las instalaciones el primer torpedo. El segundo y tercero cayeron sobre el campo de aterrizaje. La nave de Gustav Hammer había sido tocada en la proa y difícilmente podría volver a elevarse. Los deslizadores estaban intactos y algunos hombres corrían hacia ellos, mientras otros movían un vehículo oruga sobre el que estaba montado un espectacular proyector láser.

. Alan se volvió preocupado hacia Groot.

—Van a derribar a Blase si no lo impedimos.

—Sólo tenemos dos pistolas —dijo Groot blandiendo la que había tomado Marta anteriormente del guardián muerto.

Un montón de nieve saltó delante de ellos. Se agacharon y Alan vio a Ben-Gora que corría hacia ellos, disparando de nuevo. El nuevo disparo provocó un surtidor blanco apenas a medio metro de Groot.

Alan se arrodilló y tomó su pistola con las dos manos. Después de apuntar ligeramente disparó. Ben-Gora saltó como si se hubiera golpeado contra un muro de cristal y se hundió en la nieve.

Pero los disparos habían alertado a los hombres. Mientras los que estaban poniendo a punto el proyector láser seguían trabajando activamente, varios corrieron hacia el' edificio de hormigón.

Desesperado, Alan vio cómo el *Dorgues* terminaba de describir un amplio arco y se aproximaba de nuevo. Ahora apenas volaba a unos tres mil metros de altura y avanzaba pesadamente, como si estuviera a punto de lanzar un nuevo torpedo. Pensó que el proyector actuaría antes que lo hiciera.

—Ese pobre diablo no ha podido ver que hay un cañón —masculló Groot, observando cómo varios hombres se dispersaban para rodearles e impedirles aproximarse al proyector láser.

—Dio mío, lo derribarán —dijo Alan—. Y es nuestra última esperanza.

Alzó la pistola. No podían hacer otra cosa que hacer frente a los hombres que se acercaban arrastrándose sobre la nieve. Entonces se volvió para pedir a Nueve que volviese al interior del edificio. No lo vio por ningún lado.

Alan incluso se incorporó un poco, creyendo que estaría escondido en la nieve. Sólo vio un rastro de las pisadas menudas del humanoide que se alejaban hacia las construcciones de los obreros.

El proyector ya había lanzado su primera descarga, que silbó a pocos metros de la nave. Alan estaba seguro que la segunda daría en el blanco.

Entonces ocurrió algo inesperado. Como si surgieran de la nieve, cientos, miles de figuras menudas, hicieron su aparición. Rodeaban a

los hombres de Max que les rodeaban y también a los que estaban haciendo funcionar el proyector.

Se escucharon algunos disparos y luego los hombres fueron sepultados por una masa enorme de widaelitas. El cañón del proyector láser perdió su verticalidad y cayó de la plataforma del camión-oruga.

Tal vez sugestionado, Alan se imaginó que sudaba. Resopló y dijo a Groot:

—Ya podemos decir a Blase que descienda.

—¿Qué demonios ha pasado? —preguntó Groot, mirando cómo todo el espacio que podía abarcar estaba lleno de nativos.

—Los widaelitas se cansaron de ser humildes y decidieron no ser esclavos por más tiempo —explicó riendo, mientras hacía señas a sus amigos para que pudieran salir tranquilos del edificio.

*

El nuevo director, recién llegado a Widael, del Consejo Galáctico, les dijo solemnemente:

—Se llegará hasta las últimas consecuencias. El presidente del Gobierno terrestre está dispuesto a esclarecer el asunto. Se formará un gran escándalo, pero la corrupción será detenida.

Se hallaban reunidos en una sala privada del astropuerto. En una pista, el *Dorgues* les esperaba. Pero aún quedaba algún tiempo para las explicaciones.

—El Consejo Galáctico —siguió explicando el director— y también el Gobierno Terrestre han recibido con alegría la renuncia de los legítimos herederos —miró a Luis y Lara— de Widael a sus derechos. Este será a partir de ahora un planeta autóctono. Sus habitantes han demostrado capacidad suficiente para autogobernarse. Tal vez sean más inteligentes de lo que todavía pensamos. Claro que no saldrán con las manos vacías. Existe un fondo que administró el Consejo que será transferido a la Tierra, como lo desea Luis Téllez.

—Nuestros socios se alegrarán —sonrió Groot—. Y nuestra compañía prosperará. Pronto contaremos con docenas de naves.

—El monopolio que ejercía la sociedad que dominaba secretamente Gustav Hammer dejará de existir. Los dispositivos CCET se construirán en toda la galaxia y desaparecerá el peligro de paralización en la navegación estelar. La Tierra está de acuerdo que éste es un secreto que no debe ser exclusivo de una entidad privada. Es demasiado importante para ello. —El director se mostró eufórico al añadir—: El Consejo tendrá que trabajar aún mucho en Widael para transformar las estructuras típicamente esclavistas en una liberal. Los humanos podrán seguir viviendo aquí y trabajando, siempre que

respeten la libertad de los verdaderos dueños del planeta. Algunos se marcharán porque dejarán de disponer de esclavos. Será lo mejor.

—Pero llegarán gentes ansiosas de trabajar honradamente —aseguró Marta.

El director estrechó las manos de Marta.

—Se ha salido usted con la suya, señorita. Quería acabar con el único planeta de la galaxia donde existía la esclavitud y lo ha conseguido. Tengo que felicitarla. Será muy bien recibida a su regreso a la Tierra.

—Ahora deseo el anonimato —rió abrazando a Alanˆ. Al menos por un tiempo.

—Ah, sólo me queda explicarles que hemos encontrado el cadáver del verdadero Ofhir. Lástima. Era un hombre excelente, que nunca se doblegó, al igual que el señor Cardona, a los sobornos de los enviados de Max Mayer o Gustav Hammer. Todos los culpables recibirán su castigo correspondiente.

El director les acompañó hasta la salida. Allí estaba Nueve.

—Espero que regresarán algún día, amigos —dijo inclinando la cabeza levemente.

—Claro que sí, Zditmer —rió Alan.

—¿Ya no me llama Nueve?

—Ahora eres un hombre libre y debes usar el nombre de los tuyos.

—¿Sigues pensando que alguna vez hemos sido esclavos?

Alan parpadeó.

—Es posible que nunca lo hayáis sido. Pero es difícil creer que durante tantos años habéis fingido algo tan penoso; —Era preciso. Teníamos que aprender. Al no regresar nuestros amigos los Téllez y recibir una avalancha de ambiciosos humanos teníamos que protegernos. ¿Es que si nos hubiéramos mostrado hostiles habríamos sobrevivido? Es cierto que algunos de los nuestros han muerto y otros sufridos vejaciones y castigos, pero teníamos que evitar ser exterminados.

—Tienes razón, Zditmer. Era la única forma de salir adelante.

Zditmer miró a Luis Téllez.

—Sus padres eran buenas personas. También esperamos que algún día vuelva. Y sentimos que no sea dueño de un mundo.

—No lo lamente. Era una carga demasiado pesada.

Fueron subiendo al vehículo que les conduciría a la nave *Dorgues.*

Zditmer quedóse junto a la entrada del edificio del campo hasta que la nave se elevó y desapareció entre las espesas nubes.

El director tosió para llamar la atención de Zditmer.

—Señor, mis superiores me han ordenado que solicite instrucciones de los suyos para las transferencias de poderes y...

El nativo, sin dejar de sonreír, dijo:

—Soy un humilde miembro y no puedo dialogar con usted porque carezco de poderes, señor. Más adelante le visitarán mis superiores.

Le volvió la espalda y caminó hasta el animal que le esperaba a pocos metros. Era alto de piernas y cuello corto. Zditmer subió a él con agilidad y se alejó velozmente gracias al elegante trote de su montura.

FIN